

Análisis del proceso de traducción de «Legión»

Trabajo Fin de Máster escrito por

Anna Canela Garcia

Supervisado por

Maria Rosich Andreu



MASTERS IN PROFESSIONAL TRANSLATION

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

TARRAGONA, 2023

Plagiarism disclaimer

I declare that the assignment here submitted is original except for source material explicitly acknowledged;

I also acknowledge that I am aware of University policy and regulations on honesty in academic work, and of the disciplinary guidelines and procedures applicable to breaches of such policy and regulations, as contained in [the University website](#)

ANNA CANELA GARCIA

DATE: June 1st, 2023

SIGNATURE

Declaración de autoría

Yo, ANNA CANELA GARCIA con documento de identificación 48276100C, declaro que

(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Anna Canela Garcia
1 de junio de 2023
Signatura

TABLA DE CONTENIDOS

1. Introducción.....	2
1.1. Sobre el autor y la obra.....	2
2. Encargo.....	4
2.1. Presupuesto.....	4
2.2. Factura.....	5
2.3. Texto original.....	6
2.4. Traducción.....	38
2.5. Comparación entre el presupuesto y la factura.....	68
2.6. Relación traductor-cliente.....	68
3. Comentario de la traducción.....	69
3.1. El proceso de traducción.....	69
3.1.1. Proceso y herramientas.....	69
3.2. Dificultades de la traducción.....	70
3.2.1. Problemas terminológicos.....	71
3.2.2. Lenguaje no inclusivo y/o sexista.....	74
3.2.3. Localización.....	76
3.2.4. Citas y títulos de libros o películas.....	79
4. Conclusiones.....	81
5. Webgrafía.....	83
Anexos.....	84

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este Trabajo de Fin de Máster es traducir un fragmento de 10.000 palabras de una novela policíaca: «Legión» de William P. Blatty, hacer un presupuesto y factura satisfactorio para este trabajo de traducción y finalmente comentar el proceso de traducción y los problemas encontrados durante este.

Para hacer el presupuesto y la factura usé los conocimientos ganados durante el máster, y además me puse en contacto con el cliente ficticio (Maria Rosich) para simular un contrato real de traducción literaria y conseguir así los datos del cliente.

Para comentar el proceso de traducción hablaremos de las herramientas utilizadas y las no utilizadas para la traducción y el razonamiento para usarlas o no usarlas. En el apartado de problemas de traducción encontraremos los diferentes problemas (terminológicos o lenguaje no inclusivo y/o sexista entre otros) ilustrados con ejemplos y una explicación de las soluciones encontradas para estos problemas.

La razón por la que elegí esta opción para mi Trabajo de Fin de Máster fue porque la traducción literaria me llamaba la atención des de antes de empezar el máster. La novela negra es mi género favorito de novela, por lo que cuando vi la oferta para la traducción de una novela policíaca, decidí que sería una de mis primeras opciones a pesar de mi casi nula experiencia en este tipo de traducción. Esta novela además tenía toques paranormales, y, aunque no estoy tan familiarizada con estos temas, no me causaron ningún problema a la hora de traducir.

1.1. Sobre el autor y la obra

William Peter Blatty nació el 7 de enero de 1928 y falleció el 12 de enero de 2017. Fue un autor, director y productor estadounidense. Muchas de sus obras eran sobre misterios y trataban temas paranormales. Su obra más famosa fue «El exorcista». Escribió la novela en 1971, y tras su gran éxito, en 1973 escribió el guion para la película, con el que ganó el «Óscar a mejor guion adaptado» y el «Globo a mejor guion».

Tras el éxito de «El exorcista» escribió más obras parecidas, y entre ellas encontramos «Legión». Esta obra fue escrita en 1983, es decir, 40 años atrás. Esta obra se considera una segunda parte de «El exorcista» ya que comparten personajes, como el

protagonista de la obra. «Legión» también fue llevada a la gran pantalla bajo el nombre de «El Exorcista III», pero esta película le ocasionó críticas a Blatty ya que tuvo que añadir escenas (como por ejemplo un exorcismo) que no aparecían en el libro solo porque así lo querían los productores.

«Legión» relata la historia del inspector Kinderman cuando se ve envuelto en un caso de asesinatos en serie. Siguiendo las pistas, Kinderman termina en un hospital psiquiátrico, y se verá envuelto en un ambiente paranormal, lleno de fantasmas y gente que daba por muerta. La historia que se relata sucede en tan solo una semana.

2. ENCARGO

2.1. Presupuesto

ANNA CANELA GARCIA C/ dels Castells 43800 VALLS Telf: 645398787 NIF: 48276100C email: anna.canela@estudiants.urv.cat	PRESUPUESTO Presupuesto nº 01/23 Fecha presupuesto: 16/02/23 Validez presupuesto: 30 días
--	---

FACTURAR A:

Cliente número 3
Traducciones Mirador
C/ Mirador, 7
TARRAGONA (43007)
CIF: B677433971

ENVIAR A:

Cliente número 3
Traducciones Mirador
C/ Mirador, 7
TARRAGONA (43007)
CIF: B677433971

Traducción literaria EN>ES

CONCEPTO	PÁGINAS	TARIFA	TOTAL
Legión	26,57	14 €	371,98 €
Total base			371,98 €

Plazo de entrega del trabajo: 15 días tras la aceptación del presupuesto

Forma de pago:

A 30 días de la emisión de la factura por transferencia a la cuenta:
Cuenta bancaria: ES18-2100-1997-1234-5678-6666

Fecha y firma de la aceptación del presupuesto:

2.2. Factura

ANNA CANELA GARCIA

C/ dels Castells

43800 VALLS

Telf: 645398787

NIF: 48276100C

email: anna.canela@estudiants.urv.cat

FACTURA

Factura nº 01/23

Fecha de la factura: 16/03/23

Fecha de vencimiento: 30 días

FACTURAR A:

Cliente número 3
Traducciones Mirador
C/ Mirador, 7
TARRAGONA (43007)
CIF: B677433971

ENVIAR A:

Cliente número 3
Traducciones Mirador
C/ Mirador, 7
TARRAGONA (43007)
CIF: B677433971

Traducción literaria EN>ES

CONCEPTO	PÁGINAS	TARIFA	TOTAL
Legión	26,57	14 €	371,98 €
Total base			371,98 €

IRPF

26,04 €

TOTAL 345,94 €

Plazo de entrega del trabajo: 15 días tras la aceptación del presupuesto

Forma de pago:

A 30 días de la emisión de la factura por transferencia a la cuenta:
Cuenta bancaria: ES18-2100-1997-1234-5678-6666

2.3. Texto original

PART ONE



Jesus asked the man his name,
and he answered, “Legion, for we are many.”

Mark 5:9

SUNDAY, MARCH 13

He thought of death in its infinite groanings, of Aztecs ripping out living hearts and of cancer and three-year-olds buried alive and he wondered whether God was alien and cruel, but then remembered Beethoven and the dappling of things and “Hurrah for Karamazov” and kindness. He stared at the sun coming up behind the Capitol, streaking the Potomac with orange light, and then down at the outrage, the horror at his feet. Something had gone wrong between man and his creator, and the evidence was here on this boat house dock.

“I think they’ve found it, Lieutenant.”

“Excuse me?”

“The hammer. They’ve found it.”

“The hammer. Oh, yes.”

Kinderman’s thoughts found a grip on the world. He looked up and saw the crime lab crew on the dock. They were gathering with eyedropper, test tube and forceps; remembering with camera, sketchpad and chalk. Their voices were hushed, mere whispered fragments, and they moved without sound, gray figures in a dream. Nearby, the blue police dredgeboat’s engines churned with the morning’s completion of dread.

“Well, I guess we’re almost finished here, Lieutenant.”

“Are we really? Is that so?”

Kinderman squinted against the cold. The search helicopter was skimming away, throbbing low above the mud-brown darkness of the waters with its lights blinking softly red and green. The detective watched it growing smaller. It dwindled in the dawn like a fading hope. He listened, inclining his head a little; then he shivered and his hands began to dig deeper into the pockets of his coat. The shrieking of the woman had grown more piercing. It clawed at his heart and the twisted forests silent on the banks of the icy river.

“Jesus!” someone huskily murmured.

Kinderman looked at Stedman. The police pathologist was down on one knee beside a sheet of soiled canvas. Something lumpy lay under it. Stedman was staring at it, frowning

in concentration. His body was motionless. Only his breath had life; it came frosty and then vanished in the hungry air. Abruptly he stood up and looked at Kinderman oddly. “You know those cuts on the victim’s left hand?”

“What about them?”

“Well, I think they’ve got a pattern.”

“Is that so?”

“Yes, I think so. A sign of the zodiac. I think Gemini.”

Kinderman’s heart skipped a beat. He drew a breath. Then he looked at the river. A Georgetown University crew team scull slipped silent and slim behind the bulky stern of the dredge. It reappeared, and then vanished underneath Key Bridge. A strobe light flashed. Kinderman looked down at the canvas throwsheet. *No. It couldn’t be*, he thought. *It couldn’t be.*

The pathologist followed Kinderman’s gaze and his hand, blotched red from the freezing air, pulled the folds of his coat collar tighter together. He regretted not wearing his scarf that day. He’d forgotten. He’d dressed in too much of a hurry. “What a weird way to die,” he said softly. “So unnatural.”

Kinderman’s breathing was emphysematous; white vapor wisped at his lips. “No death is natural,” he murmured.

Someone had created the world. Made sense. For why would an eye want to form? To see? And why should it see? In order to survive? And why should it survive? And why? And why? The child’s question haunted the nebulae, a thought in search of its maker that cornered reason in a dead- end maze and made Kinderman certain the materialist universe was the greatest superstition of his age. He believed in wonders but not in the impossible: not in an infinite regression in contingencies, or that love and acts of will were reducible to neurons firing in the brain.

“How long has the Gemini been dead?” asked Stedman.

“Ten, twelve years,” answered Kinderman. “Twelve.”

“Are we certain that he’s dead?”

“He is dead.”

In a sense, thought Kinderman. *Partly*. Man was not a nerve net. Man had a soul. For how could matter reflect upon itself? And how was it Carl Jung had seen a ghost in his bed and confession of a sin could cure a bodily illness and the atoms of his body were continually changing, yet each morning he awakened and was still himself? Without an afterlife, what was the value of work? What was the point of evolution?

“He is dead on the bias,” Kinderman murmured.

“What was that, Lieutenant?”

“Nothing.”

Electrons traveled from point to point without ever traversing the space between. God had His mysteries. Yahweh: “I shall be there as who I am shall I be there.” *Okay. Amen.* But it was all so confusing, such a mess. The creator made man to know right from wrong, to feel outrage at all that was monstrous and evil; yet the scheme of creation itself was outrageous, for the law of life was the law of feeding in a universe crammed from end to end with exploding stars and bloodied jaws. Avoid being food and there was always a chance you would die in a mudslide or in an earthquake or in your crib or you might be fed rat poison by your mother or fried in oil by Genghis Khan or be skinned alive or beheaded or suffocated just for the thrill of it, for the fun of it. Forty- three years on the force and he had seen it. Hadn’t he seen it all? *And now this.* For a moment he attempted familiar escapes: imagining the universe and everything in it were merely thoughts in the mind of the creator; or that the world of external reality existed nowhere but in his own head, so that nothing outside of him actually suffered. Sometimes it worked.

This time it didn’t.

Kinderman studied the lump beneath the canvas. No, it wasn’t this, he thought: not the evil that we choose or inflict. The horror was the evil in the fabric of creation. The songs of the whales were haunting and lovely but the lion ripped open the stomach of the wildebeest and the tiny ichneumonids fed in the living bodies of caterpillars underneath the pretty lilacs and the lawns; the black-throated honey guide bird chattered gaily but it laid its eggs in alien nests and when the baby honey guide hatched it immediately killed

its foster brethren with a hard, sharp hook near the tip of its beak, which it promptly shed upon completion of the slaughter. *What immortal hand or eye?* Kinderman grimaced at an awful recollection of a hospital psycho ward for children. In a room there were fifty beds with cages, each with a shrieking child inside. Among them was an eight-year-old whose bones had not grown since infancy. Could the glory and beauty of creation justify the pain of one such child? Ivan Karamazov deserved an answer.

“Elephants are dying of coronaries, Stedman.”

“Beg pardon?”

“In the jungle. They are dying of stress about their food and their water supply. They try to help one another. If one of them dies too far away then the others take its bones to the burial ground.”

The pathologist blinked and clutched at the folds of his coat more tightly. He'd heard of these flights, these irrelevant sallies, and that they'd been occurring with frequency lately; but this was the first he had personally witnessed. Rumors had been drifting and circling through the precinct that Kinderman, colorful or not, was getting senile, and Stedman examined him now with an air of professional interest, seeing nothing unusual in the detective's manner of dress: the oversized, tattered gray tweed coat; the rumpled trousers, baggy and cuffed; the limp felt hat, in the band a feather plucked from some mottled, disreputable bird. *The man is a walking thrift shop*, he thought, and his eye caught an egg stain here and there. But this much had always been Kinderman's style, he knew. Nothing unusual there. Nor in his physical being: the short, fat fingers were neatly manicured, the jowly cheeks gleamed of soap, and the moist brown eyes which drooped at the corners still seemed to be staring into times gone by. As ever, his manner and his delicate movements suggested an old- world Viennese father perpetually engaged in the arranging of flowers.

“And at Princeton University,” Kinderman continued, “they're doing experiments with chimpanzees. The chimp pulls a lever and out from this machine comes a nice banana. So far, so wonderful, correct? But now the good doctors build a little cage and they put a different chimp inside it. Then along comes the first chimp looking for his usual sturgeon and bagel, only this time when the lever gets pulled, the banana comes out, all right, but

the chimp sees his pal in the cage is now screaming from electrical shock. After that, no matter how hungry or starving he is, the first chimp won't pull the lever whenever he sees another chimp in that cage. They tried it on fifty, a hundred chimps, and every time it was the same. All right, maybe some *goniff*, some smartass Dillinger type, some sadist would pull the lever; but ninety percent of the time they wouldn't do it."

"I didn't know that."

Kinderman continued to stare at the canvas. Two Neanderthal skeletons discovered in France were examined and found to have lived for two years despite seriously incapacitating injuries. Clearly, he thought, the tribe had kept them alive. *And look at children*, he pondered. There was nothing keener, the detective knew, than a child's sense of justice, of what was fair, of how things should be. Where did that come from? *And when my Julie was three, you couldn't give her a cookie or a toy but she'd give it away to some other kid*. Later on she'd *learned* to hoard it for herself. It wasn't power that corrupted, he thought; it was the jostling and unfairness of the world of experience and a bag of M and M's with short weight. Children came into this world with no baggage except for their innocence. Their goodness was innate. It wasn't learned and it wasn't enlightened self-interest. *What chimpanzee ever buttered up a buyer so she'd buy his entire spring line of negligees? It's ridiculous. Really. Who ever heard of such a case?* And there lay the paradox. Physical evil and moral goodness intertwined like the strands of a double helix embedded in the DNA code of the cosmos. *But how can this be?* the detective wondered. Was there a spoiler at large in the universe? A Satan? *No. It's dumb. God would give him such a dizzying klop on the head that he'd be spending eternity explaining to the sun how he'd met Arnold Schwarzenegger once and shook his hand.* Satan left the paradox intact, a bleeding wound of the mind that never healed.

Kinderman shifted his weight a little. God's love burned with a fierce dark heat but gave no light. Were there shadows in His nature? Was He brilliant and sensitive, but bent? After all was said and done was the answer to the mystery no more than that God was really Leopold and Loeb? Or could it be that He was closer to being a *putz* than anyone heretofore had imagined, a being of stupendous but limited power? The detective envisioned such a God in court pleading, "Guilty with an explanation, Your Honor." The theory had appeal. It was rational and obvious and certainly the simplest that suited all

the facts. But Kinderman rejected it out of hand and subordinated logic to his intuition, as he had in so many of his homicide cases. "I did not come into this world to sell William of Occam door-to-door," he had often been heard to tell baffled associates or even, on one occasion, a computer. "My hunch, my opinion," he would always say. And he felt that way now about the problem of evil. Something whispered to his soul that the truth was staggering and somehow connected to Original Sin; but only by analogy and dimly.

Something was different. The detective looked up. The dredge-boat's engines had stopped. So had the shrieking of the woman. In the silence he could hear the river lapping at the dock. He turned and met Stedman's patient gaze. "Point one, we can't go on meeting like this. Point two, have you ever tried putting your finger in a red-hot frying pan and holding it there?"

"No, I haven't," said Stedman.

"I've tried. You can't do it. It hurts too much. You read in the papers that somebody died in a hotel fire. 'Thirty-two Lost in Mayflower Blaze,' it says. But you never really know what it means. You can't appreciate, you can't imagine. Put your finger in a frying pan, you'll know."

Stedman nodded mutely. Kinderman's eyelids drooped and he stared at the pathologist sullenly. *Look at him, he thought; he thinks I'm crazy. It's impossible to talk about things like this.*

"Was there anything else, Lieutenant?"

Yes. Shadrach, Meshach and Abednego. "Then the king, being angry, commanded frying pans and brazen cauldrons to be made hot; and he commanded to be cut out the tongue of him that had spoken first and, the skin of his head being drawn off, to chop off also his hands and his feet. And now he commanded him, being yet alive, to be brought to the fire and fried in the frying pan."

"No, nothing else."

"Can we have the body now?"

"Not yet."

Pain had its uses, Kinderman ruminated, and the brain could shut it off at any time. But how? *The Great Phantom in the Sky hasn't told us.* The secret Orphan Annie pain decoder rings through some clerical mistake had not been issued. *Heads will roll,* thought Kinderman bleakly.

“Stedman, go away. Get lost. Drink coffee.”

Kinderman watched him walk to the boat house where he was joined by the crime lab team, by the Sketcher and the Evidence Man and the Measurer and the Master Taker of Notes. Their manner was casual. One of them chuckled. Kinderman wondered what it was that had been said, and he thought of Macbeth and the gradual numbing of the moral sense.

The Taker of Notes handed Stedman a ledger. The pathologist nodded and the crew walked away. Their steps crunched gravel along the path that led them quickly past an ambulance and waiting paramedics and soon they would be quipping and complaining of their wives on Georgetown's empty cobblestoned streets. They were hurrying, probably heading for breakfast, perhaps at the cozy White Tower on M Street. Kinderman glanced at his watch and then nodded. Yes. The White Tower. It was open all night. *Three eggs over easy, please, Louis. Lots of bacon, okay? And grill the roll.* Heat had its uses. They rounded a corner and vanished from view. A laugh rang out.

Kinderman's gaze shifted back to the pathologist. Someone else was talking to him now, Sergeant Atkins, Kinderman's assistant. Young and frail, he wore a Navy peacoat over the jacket of his brown flannel suit, and a black woolen seaman's cap was pulled down over his ears, obscuring a trim and bristling crewcut. Stedman was handing him the ledger. Atkins nodded, walked away a few steps and sat down on the bench in front of the boat house. He opened the ledger and studied its contents. Seated not far from him were a weeping woman and a nurse. The nurse had her arms around the woman, consoling her.

Stedman, now alone, stood staring at the woman, unmoving. Kinderman observed his expression with interest. *So you feel something, Alan,* he thought; *all the years of mutilations and violent endings, and still there is something within you that feels. Very good. Me, too. We are part of the mystery. If death were like rain, only natural, why would we feel this way, Alan? You and I in particular. Why?* Kinderman ached to be home in

his bed. The tiredness sank to the bones of his legs and then into the earth beneath him, heavy.

“Lieutenant?”

Kinderman turned and said, “Yes?”

It was Atkins. “It’s me, sir,” he said.

“Yes, I see that it’s you. I can see that.”

Kinderman pretended to eye him with distaste, casting dismal looks at the coat and the cap before meeting his gaze. His eyes were small and the color of jade. They turned inward a little, and gave Atkins a perpetual look of meditation. He reminded Kinderman of a monk, the medieval kind, the kind that you saw in the movies, their expressions unsmiling and earnest and dumb. Dumb, Atkins was not, the lieutenant knew. Thirty-two and a Vietnam naval veteran out of Catholic University, behind that deadpan mask was something bright and strong that hummed, something wonderful and fey that he hid not from deviousness, in Kinderman’s opinion, but because of a certain gentility of soul. Although slight of build, he had once pulled a dope-crazed, knife-wielding giant from Kinderman’s throat; and when Kinderman’s daughter had been in a near-fatal automobile crash, Atkins had spent twelve days and nights in the visitors’ room of her hospital ward. He had taken his vacation time to do it. Kinderman loved him. He was loyal as a dog.

“I am also here, Martin Luther, and I’m listening. Kinderman, the Jewish sage, is all ears.” What was there to do now, otherwise? Cry? “I am listening, Atkins, you walking anachronism. Tell me. Report the good news from Ghent. Did we find any fingerprints?”

“Plenty. All over the oars. But they’re smeared pretty badly, Lieutenant.”

“A shame.”

“Some cigarette butts,” offered Atkins hopefully. This was useful. They would check them for blood type. “Some hair on the body.”

“This is good. Very good.”

It could help to identify the killer.

“And there’s this,” said Atkins. He held out a cellophane envelope. Kinderman delicately grasped it at the top and frowned as he held it up to his eyes. Inside it there was something plastic and pink.

“What is it?”

“A barrette. For a woman’s hair.”

Kinderman squinted, holding it closer. “There’s some printing on it.”

“Yes. It says, ‘Great Falls, Virginia.’ ”

Kinderman lowered the packet and looked at Atkins. “They sell them at the souvenir stand at Great Falls,” he said. “My daughter Julie, she had one. That was years ago, Atkins. I bought it for her. Two of them I bought. She had two.” He gave the envelope to Atkins and breathed, “It’s a child’s.”

Atkins shrugged. He glanced toward the boat house, pocketing the envelope in his coat.

“We have that woman here, Lieutenant.”

“Would you kindly remove that ridiculous cap? We’re not doing Dick Powell in *Here Comes the Navy*, Atkins. Stop shelling Haiphong; it’s all over.”

Dutifully, Atkins slipped off the cap and stuffed it into the other pocket of the peacoat. He shivered.

“Put it back,” said Kinderman quietly.

“I’m okay.”

“I’m not. The crewcut is worse. Put it back.”

Atkins hesitated, then Kinderman added, “Come on, put it back. It’s cold.”

Atkins fitted the cap back on. “We have that woman here,” he repeated.

“We have who?”

“The old woman.”

The body was discovered on the boat house dock that morning, Sunday, March thirteenth, by Joseph Mannix, the boat house manager, on his arrival to open for business: bait and tackle, and the rental of kayaks, canoes and rowboats. Mannix's statement was brief:

STATEMENT OF JOSEPH MANNIX

My name is Joe Mannix and— what?

(Interruption by investigating officer.) Yes. Yes, I've got you, I understand. My name is Joseph Francis Mannix and I live at 3618 Prospect Street in Georgetown, Washington, D.C. I own and manage the Potomac Boat house. I got here at half past five or so. That's when I usually open up and set out the bait and start the coffee. Customers show up as early as six; sometimes they're waiting for me when I get here. Today there was nobody. I picked up the paper from in front of the door and I— oh! Oh, Jesus! Jesus!

(Interruption; witness composes himself.) I got here, I opened the door, I went in, I started the coffee. Then I came out to count the boats. Sometimes they rip them off. They cut the chain with a wire cutter. So I count them. Today they're all there. Then I turn to go back in and I see the kid's cart and this stack of papers and I see— I see . . .

(The witness gestures toward the body of the victim; cannot continue; investigating officer postpones further questioning.)

The victim was Thomas Joshua Kintry, a twelve-year-old black and the son of Lois Annabel Kintry, widowed, thirty-eight, and a teacher of languages at Georgetown University. Thomas Kintry had a newspaper route and delivered the *Washington Post*. He would have made his delivery that morning at the boat house at approximately five A.M. Mannix's call to police headquarters came in at five thirty- eight A.M. Identification of the victim was immediate because of the nametag—with address and telephone number—embroidered on his green plaid windbreaker: Thomas Kintry was a mute. He'd had the paper route for only thirteen days, or else Mannix would have recognized him. He didn't. But Kinderman did; he had known the boy from police club work.

"The old woman," Kinderman echoed dully. Then his eyebrows gathered in a look of puzzlement and he stared away at the river.

"We've got her in the boat house, Lieutenant."

Kinderman turned his head and fixed Atkins with a penetrating look. "She's warm?" he asked. "Make sure that she's warm."

“We’ve got a blanket around her and the fireplace going.”

“She should eat. Give her soup, hot soup.”

“She’s had broth.”

“Broth is good, just be sure that it’s hot.”

The dragnet had picked her up about fifty yards above the boat house, where she was standing on the grassy southerly bank of the dried-out C & O Canal, a now-disused waterway where horse-drawn wooden barges once carried passengers up and down its fifty-mile length; now it had been given up mainly to joggers. Perhaps in her seventies, when the search team picked her up the woman had been shivering, standing with her arms tightly akimbo and staring all around her with tears in her eyes as if lost and disoriented and frightened. But she could not or would not answer questions and gave the appearance of being either senile, stunned or catatonic. No one knew what she’d been doing there. There were no habitations nearby. She wore cotton pajamas with a small flower pattern underneath a blue woolen belted robe, and pale pink wool-lined slippers. The temperature outside was freezing.

Stedman reappeared. “Are you through with the body yet, Lieutenant?”

Kinderman looked down at the bloodstained canvas. “Is Thomas Kintry through with it?”

The sobbing came through to him again. He shook his head. “Atkins, take Mrs. Kintry home,” he breathed. “And the nurse, take the nurse with you, too. Make her stay with her today, the whole day. I’ll pay the overtime myself, never mind. Take her home.”

Atkins started to speak and was interrupted.

“Yes, yes, yes, the old lady. I remember. I’ll see her.”

Atkins left to do Kinderman’s bidding. And now Kinderman stooped to one knee, half wheezing, half groaning with the effort of bending. “Thomas Kintry, forgive me,” he murmured softly, and then lifted off the drape and let his gaze brush lightly over the arms and the chest and the legs. *They’re so thin, like a sparrow*, he thought. The boy had been an orphan and had once had pellagra. Lois Kintry had adopted him when he was three. A new life. And now ended. The boy had been crucified, nailed through the wrists and feet

to the flat end sections of kayak oars arranged in the form of a cross; and the same thick three-inch carpenters' ingots had been pounded through the top of his skull in a circle, penetrating dura and finally brain. Blood streaked down in twisted rivulets over eyes still wide in fright and into a mouth still gaping open in what must have been the mute boy's silent scream of unendurable pain and terror.

Kinderman examined the cuts on the palm of Kintry's left hand. It was true: they had a pattern—the sign of the Gemini. Then he looked at the other hand and saw that the index finger was missing. It had been severed. The detective felt a chill.

He replaced the canvas and slowly heaved himself to his feet. Then he stood looking down with a sad resolve. *I will find your murderer*, Thomas Kintry, he thought.

Even if it were God.

“All right, Stedman, take a walk,” he said. “Take the body and get out of my sight. You stink of formaldehyde and death.”

Stedman moved to get the ambulance team.

“No, no, wait a minute,” Kinderman called to him.

Stedman turned. The detective moved toward him and spoke to him softly. “Wait until his mother is gone.”

Stedman nodded.

The dredge had docked. A police sergeant wearing a fleece-lined black leather jacket jumped lightly to the dock and came over. He was carrying something wrapped in cloth and was about to speak when Kinderman stopped him. “Wait a minute, hold it; not now; just a minute.”

The sergeant followed Kinderman's gaze. Atkins was talking to the nurse and Mrs. Kintry. Mrs. Kintry nodded and the women stood up. Kinderman had to look away as for a moment the mother stared over at the canvas. At her boy. He waited a while and then asked, “Are they gone?”

“Yes, they're getting in the car,” said Stedman.

“Yes, Sergeant,” said Kinderman, “let’s see it.”

The sergeant silently undid the brown cloth wrapping and disclosed what appeared to be a kitchen meat-pounding mallet; he was careful not to touch it with his hands.

Kinderman stared and then said, “My wife has a thing like that. For the schnitzel. Only smaller.”

“It’s a type used in restaurants,” Stedman observed. “Or in large institutional kitchens. I saw them in the Army.”

Kinderman looked up at him. “This could do it?” he asked.

Stedman nodded.

“Give it to Delyra,” Kinderman instructed the sergeant. “I’m going inside to see the old lady.”

The boat house interior was warm. Logs burned and crackled in a massive fireplace faced with large gray rounded stones, and mounted in the walls there were crew racing shells.

“Could you tell us your name, please, ma’am?” She was sitting on a torn yellow Naugahyde sofa in front of the fireplace, a policewoman close beside her. Kinderman stood before them, wheezing, his hat held in front of him clutched by the brim. The old woman didn’t seem to see or hear him, and her vacant stare seemed fixed on something inward. The detective’s eyes crinkled up in puzzlement. He sat down in a chair that faced her and gently put his hat on some old magazines that lay torn and coverless and neglected on a small wooden table in between; the hat covered up an ad for whiskey.

“Could you tell us your name, dear?”

There was no response. Kinderman’s eyes threw a silent question to the policewoman, who immediately nodded and told him quietly, “She’s been doing that continually, except for when we gave her some food. And when I was brushing her hair,” she added. Kinderman’s stare returned to the woman. She was making curious, rhythmic motions with her hands and arms. Then his eye fell on something he had missed before, something

small and pink near his hat on the table. He picked it up and read the small print: "Great Falls, Virginia." The *n* was missing from Virginia.

"I couldn't find the other one," the policewoman said, "so when I brushed her hair I left it off."

"She was wearing this?"

"Yes."

The detective felt a thrill of discovery and bafflement. The old woman was conceivably a witness to the crime. But what had she been doing on the dock at that hour? And in this cold? What had she been doing for that matter up above by the C & O Canal where they had found her? It occurred to Kinderman immediately that this sickly old creature was senile and perhaps had been walking a dog. A dog? *Yes, maybe he ran off and she couldn't find him. That would account for the way she was crying.* A more terrible suspicion then occurred to him: the woman might have witnessed the murder and it might have unbalanced and traumatized her; temporarily, at least. He felt a mixture of pity, excitement and annoyance. They must get her to speak.

"Can't you tell us your name, please, ma'am?"

No response. In the silence, she continued her mysterious movements. Outside a cloud slipped past the sun, and thin winter sunlight fell through a nearby window like an unexpected grace. It softly illuminated the old woman's face and eyes and gave her a look of tender piety. Kinderman leaned forward a little; he thought he'd detected a pattern to the movements: her legs pressed together, the old woman would alternately move each hand to her thigh, make a slight, odd movement, and then draw the hand high into the air above her head, where she finished the sequence with several minute and jerky pulls.

He continued to watch for a while, then stood up. "Keep her in the holding ward, Jourdan, until we find out who she is."

The policewoman nodded.

"You brushed her hair," the detective told her. "That was nice. Stay with her."

"Yes."

Kinderman turned and left the boat house. He gave various instructions, closed his mind and then drove home to a small, warm Tudor house off nearby Foxhall Road. It was only six years since he'd broken the habit of apartment living to please his wife, and he still called this mildly rustic area "the country."

He entered the house and called, "Dumpling, I'm home. It's me, your hero, Inspector Clouseau." He hung up his hat and coat on a coat-tree in the tiny foyer, then unstrapped his revolver and holster and locked them in the drawer of a small, dark chest beside the coat-tree. "Mary?" No one answered. He smelled fresh coffee and shuffled toward the kitchen. Julie, his twenty-two-year-old daughter, doubtless was sleeping. But where was Mary? And Shirley, his mother-in-law?

The kitchen was colonial. Kinderman cast a glum eye at the copper pots and various utensils hanging from hooks affixed to the stove hood, trying to picture them hanging in somebody's kitchen in a Warsaw ghetto; then he sauntered heavily and slowly to the kitchen table. "Maple," he muttered aloud, for when alone he often talked to himself. "What Jew would know maple from cheese? They wouldn't know, it's impossible, it's strange." He saw a note on the table. He picked it up and read it.

Dearest Billy,

Don't get sore, but when the phone woke us up, Mom insisted we should go and visit Richmond, as a punishment, I guess, so I thought we'd better get an early start. She said Jews in the South should stick together. Who's in Richmond?

You had fun at your Police Encounter Group? I can't wait to get home and hear all about it. I fixed you the usual and put it in the fridge. Are you planning to be home to night, or as usual ice-skating on the Potomac with Omar Sharif and Catherine Deneuve?

Kisses,

Me

A small, fond smile warmed his eyes. He replaced the note, found the cream cheese, tomatoes, lox, pickle and an Almond Roca on a plate in the refrigerator. He sliced and toasted two bagels, poured coffee and sat down to it all at the table. Then he noticed the *Sunday Washington Post* on the chair to his left. He looked at the plate of food before him. His stomach was empty but he could not eat. He had lost his appetite.

For a time he sat drinking his coffee. He looked up. Outside a bird was singing. *In this weather? He ought to be put in an institution. He's sick, he needs help.* "Me, too," the detective muttered aloud. Then the bird fell silent and the only sound was the beat of the pendulum clock on the wall. He checked the time; it was eight forty-two. All the goyim would be going to church. Couldn't hurt. *Say a prayer for Thomas Kintry, please.* "And William F. Kinderman," he added aloud. Yes. And one other. He sipped at the coffee. What a twisted coincidence, he thought, that a death like Kintry's should occur on this day, this twelfth anniversary of a death just as shocking and violent and mysterious.

Kinderman looked up at the clock. Had it stopped? No. It was running. He shifted in his chair. He felt a strangeness in the room. What was it? *Nothing. You're tired.* He picked up the candy and unwrapped it and ate it. *Not as good without the pickle taste first,* he mourned.

He shook his head and stood up with a sigh. He put away the plate of food, rinsed out his coffee cup at the sink and then left the kitchen and walked up the stairs toward the second floor. He thought he might nap for a while and allow his unconscious to work, to sort out clues he never knew he had seen, but at the top of the stairs he halted and muttered, "The Gemini."

The Gemini? Impossible. That monster is dead, it couldn't be. And so why was the hair on the back of his hands prickling upward? he wondered. He held them up, the palms turned down. *Yes. They are standing on end. Why is that?*

He heard Julie waking up now and clumping to her bathroom, and he stood there for a while, baffled and uncertain. He ought to be doing something. But what? The usual lines of investigation and induction were precluded; they were looking for a maniac, and the lab would have nothing to report until tonight. Mannix, he sensed, had already been squeezed of what little he knew, and Kintry's mother was surely to be left alone at this

time. Anyway, the boy had never had unsavory acquaintances or habits; that much Kinderman knew himself from his regular contact with him. The detective shook his head. He had to get out, to get moving, to pursue. He heard Julie's shower running. He turned and walked back down the stairs to the foyer. He recovered his gun, put on his hat and coat and went out.

Outside, he stood with his hand on the doorknob, troubled and thoughtful and undecided. The wind blew a styrofoam cup down the driveway and he listened to its thin and forlorn little impacts; then it was still. Abruptly he went to his car, got in and drove away.

Without knowing how he'd gotten there, he found himself parked illegally on Thirty-third Street, close to the river. He got out of the car. Here and there he saw a Washington Post on a doorstep. He found the sight painful and glanced away. He locked the car.

He walked through a little park to a bridge that traversed the canal and followed a towpath to the boathouse. Already the curious had gathered and were milling about and chattering, although no one seemed to know just exactly what had happened. Kinderman went up to the boat house doors. They were locked and a red-and-white sign said CLOSED. Kinderman glanced at the bench by the doors and then sat down, his breath coming raspily as he drooped with his back against the boat house.

He studied the people on the dock. He knew that psychotic killers frequently relished the attention that their violent deeds had drawn. He might be here in this group on the dock, perhaps asking, "What happened? Do you know? Was someone murdered?" He looked for somebody smiling a little too fixedly, or with a tic or with the stare of the drugged, and most especially for anyone who'd heard what had happened but then lingered and asked the same questions of some newcomer. Kinderman's hand reached into an inside pocket of his coat; there was always a paperback book in there. He pulled out *Claudius the God* and looked at its jacket with dismay. He wanted to pretend to be an old man who was passing his Sunday by the river, but the Robert Graves novel held the danger that he might unwittingly actually read it and perhaps allow the killer to elude his scrutiny. He'd already read it twice and knew well the danger of becoming engrossed in its pages again. He slipped it back inside the pocket and quickly extracted another book. He looked at the title. It was *Waiting for Godot*. He sighed with relief and turned to Act Two.

He stayed until noon, seeing no one suspicious. By eleven there'd been nobody else on the dock and the flow had stopped, but he'd waited the extra hour, hoping. Now he looked at his watch, and then at the boats that were chained to the dock. Something was nagging at him. What? He thought for a while but could not identify it. He put away *Godot* and left.

He discovered a parking ticket on the windshield of his car. He slipped it out from under the wiper blade and eyed it with disbelief. The car was an unmarked Chevrolet Camaro but it carried the plates of the District Police. He crumpled the ticket into his pocket, unlocked the car, got in and drove off. He had no clear idea of where to go and wound up at the precinct house in Georgetown. Once inside he approached the sergeant in charge of the desk.

"Who was giving parking tickets on Thirty-third near Canal this morning, Sergeant?"

The sergeant looked up at him. "Robin Tennes."

"I am thrilled to be alive in a time and a place where even a blind girl can be a policewoman," Kinderman told him. He handed him the ticket and waddled away.

"Any news on the kid, Lieutenant?" the sergeant called out. He hadn't yet examined the ticket.

"No news, no news," replied Kinderman. "Nothing."

He went upstairs and walked through the squad room, deflecting the questions of the curious, until at last he was in his office. The space of one wall was taken up with a finely detailed map of the northwest section of the city, while still another was covered by a blackboard. On the wall behind the desk, between two windows that faced toward the Capitol, hung a Snoopy poster, a gift from Thomas Kintry.

Kinderman sat behind his desk. His hat and coat were still on, the coat buttoned. On the desk were a calender pad, a paperback copy of the New Testament and a clear plastic box containing Kleenex. He pulled out a tissue and wiped his nose, and then gazed at the photos set into the facings of the box: his wife and his daughter. Still wiping, he turned the box a little, disclosing a photo of a dark-haired priest; then Kinderman sat motionless, reading the inscription. "Keep checking those Dominicans, Lieutenant." The signature

read “Damien.” The detective’s glance flicked up to the smile on the rugged face, and then to the scar above the right eye. Abruptly, he crumpled the tissue in his hand, threw it into a wastebasket and had reached to pick up a phone when Atkins walked in. Kinderman looked up as he was closing the door. “Oh, it’s you.” He released the phone and clasped his hands together in front of him, looking like a garment district Buddha. “So soon?”

Atkins sauntered closer and sat on a chair in front of the desk. He slipped off his cap, his eyes shifting up to Kinderman’s hat.

“Never mind the insolence,” Kinderman told him. “I told you to stay with Mrs. Kintry.”

“Her brother and sister came over. Some people from the school, the university. I thought I should come back.”

“And a good thing, Atkins. I have lots for you to do.” Kinderman waited while Atkins produced a little red note pad and a ballpoint pen. Then he continued: “First, get hold of Francis Berry. He was chief investigator on the Gemini squad years back. He’s still with San Francisco Homicide. I want everything he’s got on the Gemini Killer. Everything. The whole entire file.”

“But the Gemini’s been dead for twelve years.”

“Is that so? Really, Atkins? I had no idea. You mean all of those headlines in the papers were true? And the radio and television, Atkins? Astonishing. Really. I’m floored.”

Atkins was writing, a small, wry smile curving his mouth. The door cracked open and the head of the crime lab team looked in. “Stop loitering in doorways, Ryan. Come in here,” Kinderman told him. Ryan entered and closed the door behind him.

“Attend me, Ryan,” said Kinderman. “Notice young Atkins. You are standing in the presence of majesty, a giant. No, really. A man should get his just recognition. Would you like to know the highlight of Atkins’ career with us? Certainly. We shouldn’t cover stars with an okra basket. Last week, for the nineteenth—”

“Twentieth,” Atkins corrected him, holding up his pen for emphasis.

“For the twentieth time, he brings in Mishkin, the notorious evildoer. His crime? His unvarying M.O.? He breaks into apartments and moves all the furniture around. He redecorates.” Kinderman shifted his remarks to Atkins. “This time we send him to Psycho, I swear it.”

“How does Homicide fit into this?” asked Ryan.

Atkins turned to him, expressionless. “Mishkin leaves messages threatening death if he ever comes back and finds something out of place.”

Ryan blinked.

“Heroic work, Atkins. Homeric,” said Kinderman. “Ryan, have you anything to tell me?”

“Not yet.”

“Then why are you wasting my time?”

“I just wondered what was new.”

“It’s very cold out. Also, the sun came up this morning. Have you any more questions of the oracle, Ryan? Several kings from the East have been waiting their turn.”

Ryan looked disgusted and left the room. Kinderman followed him with his gaze and when the door had closed he looked at Atkins. “He bought the whole thing about Mishkin.”

Atkins nodded.

The detective shook his head. “The man hears no music,” he said.

“He tries, sir.”

“Thank you, Mother Teresa.”

Kinderman sneezed and reached for a Kleenex.

“God bless you.”

“Thank you, Atkins.” Kinderman wiped his nose and got rid of the tissue. “So you’re getting me the Gemini file.”

“Right, sir.”

“After that see if anyone has claimed the old lady.”

“Not yet, sir. I checked when I came in.”

“Call the *Washington Post*, the distribution department; get the name of Kintry’s route boss and run it through the FBI computer. Find out if he’s ever been in trouble with the law. At five in the morning in the freezing cold chances are that the killer wasn’t out for a stroll and came across Kintry just by accident. Somebody knew that he’d be there.”

The clatter of a teletype machine began to seep through the floor from below. Kinderman glanced toward the sound. “Who can think in this place?”

Atkins nodded.

Abruptly the teletype stopped. Kinderman sighed and looked up at his assistant. “There’s another possibility. Someone on Kintry’s paper route might have killed him, someone he’d already delivered a paper to before he got to the boat house. He could have killed him and then dragged him to the boat house. It’s possible. So all of those names should go into the computer.”

“Very well, sir.”

“One more thing. Almost half of Kintry’s papers had yet to be delivered. Find out from the *Post* who called in and complained that they didn’t get their paper. Then cross them off the list and whoever is left—whoever didn’t call in—feed their names to the computer as well.”

Atkins stopped writing in his note pad. He looked up at the detective with surmise.

Kinderman nodded. “Yes. Exactly. On Sunday people always want their funny papers, Atkins. So if someone didn’t call and say they wanted their paper there could only be two reasons—either the subscriber is dead or he’s the killer. It’s a long shot. Couldn’t hurt. You should check those names also with the FBI computer. Incidentally, do you believe there will come a day when computers will be able to think?”

“I doubt it.”

“Me, too. I once read some theologian was asked this question and he said that this problem would give him insomnia only when computers started to worry that maybe their

parts were wearing out. My sentiments. Computers, good luck, God bless them, they're okay. But a thing made out of things cannot think about itself. Am I right? It's all *ka-ka*, saying mind is really brain. Sure, my hand is in my pocket. Is my pocket my hand? Every wino on M Street knows a thought is a thought and not some cells or *chazerei* going on in the brain. They know that jealousy is not some kind of game from Atari. Meantime, who is kidding whom? If all those wonderful scientists in Japan could manufacture an artificial brain cell only one-fourth a cubic inch, for an artificial brain you'd need to keep it in a warehouse one and a half million cubic feet so you could hide it from your neighbor, Mrs. Briskin, and assure her nothing funny's going on next door. Besides, I dream the future, Atkins. What computer that you know could do that?"

"You've eliminated Mannix?"

"I don't mean I dream the general, predictable future. I dream what you never could guess. Not just me. Read *Experiment with Time*, J. W. Dunne. Also Jung the psychiatrist and Wolfgang Pauli, his bigshot quantum physicist buddy that they call now the father of the neutrino. You could buy a used car from such people, Atkins. As for Mannix, he's the father of seven, a saint, and I've known him for eighteen years. Forget it. What's peculiar—on my mind—is that Stedman didn't notice any sign that maybe Kintry first was hit on the head. With what was done to him, how could this be? He was conscious. My God, he was conscious." Kinderman looked down and shook his head. "We must be looking for more than one monster, Atkins. Someone had to hold him down. It had to be."

The telephone rang. Kinderman looked at the buttons. The private line. He picked up the phone and said, "Kinderman."

"Bill?" It was his wife.

"Oh, it's you, honey. Tell me, how is Richmond? You're still there?"

"Yes, we just saw the Capitol Building. It's white."

"How exciting."

"How's your day, honey?"

“Wonderful, sweetheart. Three murders, four rapes and a suicide. Otherwise, my usual jolly time up here with the boys at Precinct Six. Sweetheart, when is the carp coming out of the tub?”

“I can’t talk now.”

“Oh, I see. Then the Mother of the Gracchi is at hand. Mother Mystery. She’s squeezed in the phone booth with you, right?”

“I can’t talk. You’re coming home to night for dinner or not?”

“I think not, precious angel.”

“Then lunch? You don’t eat right when I’m not there. We could start back now—we’d be home by two.”

“Thank you, darling, but today I have to cheer up Father Dyer.”

“What’s the matter?”

“Every year on this day he gets blue.”

“Oh, it’s today.”

“It’s today.”

“I’d forgotten.”

Two policemen were dragging a suspect through the room. He was forcibly resisting and screaming imprecations. “I didn’t do it! Let go of me, you cocksucking fucks!”

“What’s that?” asked Kinderman’s wife.

“Only *goyim*, sweetheart. Never mind.” A detention room door slammed on the suspect.

“I’ll take Dyer to a movie. We’ll discuss. He’ll enjoy.”

“Well, okay. I’ll fi x a plate up and put it in the oven, just in case.”

“You’re a sweetheart. Oh, incidentally, lock the windows to night.”

“What for?” “It would make me feel better. Hugs and kisses, darling dumpling.”

“You, too.”

“Leave a note about the carp, would you, sweetheart? I don’t want to walk in there and see it.”

“Oh, *Bill!*”

“Bye, darling.”

“Bye.”

He hung up the phone and stood up. Atkins was staring at him. “The carp is none of your business,” the detective told him. “It should only concern you that something is rotten in the state of Denmark.” He moved toward the door. “You have much to do, so kindly do it. As for me, from two until half past four I’m at the Biograph Cinema. After that, I’m at Clyde’s or back here. Let me know when there’s something from the lab. Anything. Beep me. Goodbye, Lord Jim. Enjoy your luxury cruise on the *Patna*. Check for leaks.”

He walked through the doorway and into the world of men who die. Atkins watched him as he shuffled through the squad room waving off questions like beggars in a Bombay street. And then he was down the stairs and out of sight. Already Atkins missed him.

He got up from his chair and moved to the window. He looked out at the city’s white marble monuments washed in sunlight, warm and real. He listened to the traffic. He felt uneasy. Some darkness was stirring that he could not comprehend; yet he sensed its movement. What was it? Kinderman had felt it. He could tell.

Atkins shook it off. He believed in the world and men and pitied both. Hoping for the best, he turned away and went to work.

Joseph Dyer, a Jesuit priest, Irish, forty-five years of age and a teacher of religion at Georgetown University, had started his Sunday with the Mass of Christ, refreshing his faith and renewing its mystery, celebrating hope in the life to come and praying for mercy on all mankind. After Mass he'd walked down to the Jesuit cemetery in the hollow of the campus grounds where he'd placed a few flowers in front of a tombstone marked DAMIEN KARRAS, S.J. Then he'd breakfasted heartily in the refectory, consuming gargantuan portions of everything: pancakes, pork chops, corn bread, sausages, bacon and eggs. He'd been sitting with the university president, Father Riley, a friend of many years.

"Joe, where do you put it?" marveled Riley, watching the diminutive, freckled redhead building a pork chop and pancake sandwich. Dyer turned his fey blue eyes on the president and said without expression, "Clean living, *mon père*." Then he reached for the milk and poured another glass.

Father Riley shook his head and sipped coffee, forgetting where he'd been in their discussion of Donne as a poet and a priest. "Any plans today, Joe? You'll be around?"

"You want to show me your necktie collection or what?"

"I've got this speech for the American Bar Association next week. I'd like to kick it around."

Riley watched with fascination as Dyer poured a lake of maple syrup on his plate.

"Yeah, I'll be here until a quarter of two, and then I've got to see a movie with a friend. Lieutenant Kinderman. You've met him."

"With the face like a beagle? The cop?"

Dyer nodded, stuffing his mouth.

"He's an interesting guy," observed the president.

"Every year on this day he gets down and depressed, so I have to cheer him up. He loves movies."

“It’s today?”

Dyer nodded, his mouth full again.

The president sipped at his coffee. “I’d forgotten.”

Dyer and Kinderman met at the Biograph Cinema on M Street and saw almost half of *The Maltese Falcon*, a plea sure interrupted when a man in the audience sat down next to Kinderman, made some perceptive and appreciative comments concerning the film, which Kinderman welcomed, and then stared at the screen while placing a hand on Kinderman’s knee, at which point Kinderman had turned to him, incredulous, breathing out, “Honest to God, I don’t believe you,” while snapping a handcuff around the man’s wrist. There ensued a slight commotion while Kinderman led the man to the lobby, called for a squad car and then packed him inside it.

“Just give him a scare and then let him go,” the lieutenant instructed the policeman driver. The man poked his head through the back-seat window.

“I’m a personal friend of Senator Klureman.”

“I’m sure he’ll be terribly sorry to hear that on the six o’clock news,” the detective responded. And then to the driver, “*Avanti!* Go!”

The squad car moved off. A small crowd had gathered. Kinderman looked around for Dyer and finally spotted him pressed in a doorway. He was looking up the street, and his hand held his coat lapels together at the throat so that the round Roman collar could not be seen. Kinderman approached him. “What are you doing, founding an order called ‘Lurking Fathers’?”

“I was trying to make myself invisible.”

“You failed,” said Kinderman ingenuously. He reached out his hand and touched Dyer.

“Look at that. There’s your arm.”

“Gee, it’s sure a lot of fun going out with you, Lieutenant.”

“You’re being ridiculous.”

“No kidding.”

“That pathetic *putz*,” the detective breathed mournfully. “He ruined the movie for me.”

“You’ve already seen it ten times.”

“And another ten—even twenty—couldn’t hurt.” Kinderman took the priest’s arm and they walked. “Let’s go and have a bite at The Tombs or maybe Clyde’s or F. Scott’s,” the detective cajoled. “We can have a little *nosh* and discuss and critique.”

“Half a movie?”

“I remember the rest.”

Dyer halted them. “Bill, you look tired. Tough case?”

“Nothing much.”

“You look down,” insisted Dyer.

“No, I’m fine. And you?”

“I’m fine.”

“You’re lying.”

“You, too,” said Dyer.

“True.”

Dyer’s gaze flicked over the detective’s face with concern. His friend looked exhausted and deeply troubled. There was something very wrong. “You really do look awfully tired,” he said. “Why don’t you go home and take a nap?”

Now he’s worried about me, thought Kinderman. “No, I can’t go home,” he said.

“Why not?”

“The carp.”

“You know, I thought you said ‘carp.’ ”

“The carp,” repeated Kinderman.

“You said it again.”

Kinderman moved closer to Dyer, his face but an inch away from the priest’s, and he fixed him with a grim and steady stare. “My Mary’s mother is visiting, *nu?* She who complains that I keep bad company and am somehow related to Al Capone; she who gives my wife Chanukah presents of Chutzpah and Kibbutz Number Five, these of course being perfumes made in Israel—the best. Shirley. You now have a picture of her? Good. Soon she is cooking us a carp. A tasty fish. I’m not against it. But because it’s supposedly filled with impurities, Shirley has purchased this fish alive, and for three days now it’s been swimming in the bathtub. Even as we *speak* it is swimming in my bathtub. Up and down. Down and up. Cleaning out the impurities. And I hate it. One further note: Father Joe, you are standing very close to me, right? Have you noticed? Yes. You have noticed that I haven’t had a bath in several days. Three. The carp. So I never go home until the carp is asleep. I’m afraid that if I see it while it’s swimming I’ll kill it.”

Dyer broke away from him, laughing.

Better. Much better, thought Kinderman. “Come on, now, is it Clyde’s or The Tombs or F. Scott’s?”

“Billy Martin’s.”

“Don’t be difficult. I’ve already made a reservation at Clyde’s.”

“Clyde’s.”

“You know, I thought you might say that.”

“I did.”

Together they walked off to forget the night.

Atkins sat behind his desk and blinked. He thought that perhaps he’d misunderstood, or perhaps had not explained himself clearly enough. He went through it again, this time holding the telephone closer to his mouth, and then again he heard the answers that he’d heard once before. “Yes, I see... Yes, thank you. Thank you very much.” He hung up the phone. In the tiny, windowless little office he could hear his own breathing. He angled

the desk lamp away from his eyes, and then held his hand underneath its glow. The tips of his fingers were bloodless and white underneath his nails.

Atkins was frightened.

“Could I maybe have a little more tomato for the burger?” Kinderman was clearing a space on the table for the order of French fried potatoes that the darkhaired young waitress had brought them.

“Oh, thank you,” she said, and then set the plate down between Kinderman and Dyer. “Will three slices be enough?”

“Two is plenty.”

“More coffee?”

“No, I’m fine, thank you, miss.” The detective looked over at Dyer. “And you, Bruce Dern? A seventh cup?”

“No, thanks,” said Dyer, putting his fork down beside a plate on which rested a largely uneaten coconut-curry omelette. He reached for the cigarettes on the blue-and-white tablecloth.

“I’ll be back with the tomato,” said the waitress. She smiled and moved away toward the kitchen.

Kinderman stared at Dyer’s plate. “You’re not eating. Are you sick?”

“Too spicy,” said the priest.

“Too spicy? I’ve seen you dip Twinkies in mustard. Here, my son, let the expert tell you what’s spicy. Chef Milani to the rescue.” Kinderman picked up his fork and took a bite of Dyer’s omelette. Then he put down the fork and stared without expression at Dyer’s plate. “You have ordered an archaeological find.”

“Getting back to the movie,” said Dyer. He exhaled his first drag of smoke.

“On my list of the ten greatest movies ever made,” declared Kinderman. “What are your favorites, Father? Maybe name the top five.”

“My lips are sealed.”

“Not often enough.” Kinderman was salting the fried potatoes.

Dyer shrugged diffidently. “Who can pick the five best of anything?”

“Atkins,” the detective immediately responded. “He can tell you at the drop of a category: movies, fandangos— whatever. Mention heretics, he’ll give you a list of ten, and in order of preference, without hesitation. Atkins is a man of hurried decision. Never mind, he has taste and is usually right.”

“Oh, really? And so what are his favorite films?”

“The top five?”

“The top five.”

“Casablanca.”

“And what are the other four?”

“The same. He is absolutely crazy about that movie.”

The Jesuit nodded.

“He nods,” said Kinderman bleakly. “ ‘God is a tennis shoe,’ the heretic tells him, and Torquemada nods and says, ‘Guard, let him go. There is much to be said on both sides.’ Really, Father, these rushes to judgment have to stop. That’s what comes of all this singing and guitars in your ears at Mass.”

“You want my favorite movie?”

“Kindly hurry,” glowered Kinderman. “Rex Reed is in a phone booth waiting for my call.”

“*It’s a Wonderful Life*,” said Dyer. “Are you happy?”

“Yes, an excellent choice,” said Kinderman.

He beamed.

“I guess I’ve seen it twenty times,” the priest admitted with a smile.

2.4. Traducción

PRIMERA PARTE



Después le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Él respondió:

—Mi nombre es Legión, porque somos muchos.

Evangelio según san Marcos 5:9

DOMINGO, 13 DE MARZO

1

Pensó en la muerte y su sinfín de gemidos, en aztecas arrancando el corazón a gente aún viva, en el cáncer y en niños de tres años enterrados vivos, y se preguntó si Dios era un ser indiferente y cruel, pero entonces recordó a Beethoven, la gran variedad de objetos, el «Viva Karamazov» y la bondad. Observó el sol saliendo por detrás del Capitolio, tiñendo el río Potomac de naranja, y después la atrocidad, el horror que se encontraba a sus pies. Algo había ido mal entre el ser humano y su creador, y lo demostraba lo que se encontraba en el embarcadero.

—Creo que lo han encontrado, inspector.

—¿El qué?

—El martillo. Lo han encontrado.

—El martillo. Claro.

Los pensamientos de Kinderman encontraron su camino de vuelta a la Tierra. Levantó la mirada y vio la policía científica en el embarcadero. Estaban recogiendo muestras con cuentagotas, probetas y pinzas, y estaban inmortalizando la escena con cámaras, blocs de notas y tizas. Sus voces eran susurros, murmullos fragmentados. Se movían sin hacer ruido, como sombras en un sueño.

No muy lejos, el motor de la draga azul de la policía parecía agitado. Su agitación iba a juego con el humor de aquella mañana.

—Supongo que ya casi hemos acabado aquí, inspector.

—¿De verdad? ¿Tú crees?

Kinderman entrecerró los ojos por el frío aire. El helicóptero de búsqueda sobrevolaba las aguas sucias y marrones, con las luces rojas y verdes parpadeando, mientras se alejaba. El inspector lo vio hacerse pequeño. Se reducía en el cielo, como la esperanza. Escuchó atento mientras inclinaba la cabeza ligeramente. Entonces se estremeció y hundió las manos hasta el fondo de los bolsillos de la chaqueta. El llanto de la mujer era cada vez más penetrante. Se le clavaba en el corazón y penetraba el bosque oscuro y silencioso a orillas del río gélido.

—¡Dios mío! —murmuró alguien, con voz ronca.

Kinderman miró a Stedman. El patólogo de la policía estaba arrodillado al lado de la sucia lona que escondía un bulto. Stedman lo estaba observando, y fruncía el ceño, concentrado.

Su cuerpo estaba inmóvil. Lo único que mostraba vida era su aliento, que se hacía visible en dejar su cuerpo y que terminaba desapareciendo poco después. Se levantó repentinamente y miró confundido a Kinderman.

—¿Has visto los cortes en la mano izquierda de la víctima?

—¿Qué les pasa?

—Bueno, es que creo que siguen un patrón.

—¿De verdad?

—Eso creo. Un signo del zodiaco: Géminis.

El corazón de Kinderman pegó un brinco. Respiró profundamente. Entonces miró el río. Un remo del equipo de la Universidad de Georgetown se estaba deslizándose silenciosa y lentamente en la popa de la draga. Reapareció y volvió a desaparecer bajo el Key Bridge. De repente se vio una luz. Kinderman bajó la mirada y observó la lona. «No. No puede ser», pensó. «No debería».

El patólogo siguió la mirada de Kinderman, y con las manos, rojas por el frío, se cerró el cuello de la chaqueta mientras se arrepentía de no haber cogido la bufanda. Se había vestido a toda prisa y se la había olvidado.

—Qué forma más extraña de morir —dijo en voz baja—. Tan poco natural.

La respiración de Kinderman era entrecortada y un vapor blanco escapaba de sus labios.

—Ninguna muerte es natural —murmuró.

Alguien había creado el mundo. *Eso tenía sentido*. ¿Por qué querría un ojo existir? ¿Para ver? ¿Y por qué debería ver? ¿Para sobrevivir? ¿Y por qué debería sobrevivir? ¿Por qué? ¿Por qué? Esas preguntas infantiles ocupaban su mente, un pensamiento en busca de su creador que arrinconaba la razón en un callejón sin salida y hacía creer a Kinderman que el materialismo era una de las mayores supersticiones de la época. Creía en hechos fantásticos, pero no en lo imposible. No creía en el azar ni tampoco en que el amor o los actos de cada uno se debieran simplemente a neuronas correteando por el cerebro.

—¿Cuántos años lleva muerto Géminis? —preguntó Stedman.

—Diez o doce —respondió Kinderman—. Doce.

—¿Estamos *seguros* de que está muerto?

—Lo está.

«En cierto modo», pensó Kinderman. «En parte». El ser humano no era solo una red nerviosa, también tenía alma. De no ser así, ¿cómo podría uno reflexionar sobre sus

acciones? ¿Cómo podía Carl Jung haber visto un fantasma? ¿Cómo podía la confesión de un pecado curar un cuerpo enfermo? ¿Cómo podía ser que a pesar de que los átomos de su cuerpo cambiaran sin cesar siempre se despertase siendo él mismo? Sin la existencia del más allá, ¿cuál era el valor del trabajo? ¿Cuál era la razón para evolucionar?

—Su cuerpo está muerto —murmuró Kinderman.

—¿Perdone?

—Nada.

Los electrones se movían de un lado a otro sin jamás tocarse entre ellos. Dios tenía sus misterios. Yavé una vez dijo «*Estaré ahí; como aquel que soy, estaré ahí*». «De acuerdo. Amén», pensó Kinderman. Pero era todo muy confuso, un desastre. El creador se había asegurado de que el ser humano pudiese distinguir entre el bien y el mal, que se sintiera asqueado ante todo lo que fuera monstruoso o maléfico. Pero a la vez la misma creación era terrible: la ley de vida consistía en alimentarse en un universo abarrotado de punta a punta, con estrellas explosivas y fauces ensangrentadas. Debes evitar convertirte en comida, pero siempre hay la posibilidad de que mueras en una avalancha o un terremoto, o en tu cama, o que tu madre te envenene, o que Genghis Khan te fría en aceite, o que te despellejen, decapiten o ahoguen solo por diversión. Como si fuera un simple pasatiempo. En sus cuarenta y tres años en la policía lo había visto todo. ¿O no? «Y ahora esto». Durante unos segundos pensó en sus vías de escape: imaginó que todo en el universo era tan solo un pensamiento en la mente del creador, que la realidad ante sus ojos solo existía en su cabeza y que el único que sufría era él. A veces funcionaba.

Pero esta vez no.

Kinderman miró atentamente el bulto bajo la lona. «No, no era esto», pensó. «No es el mal que elegimos o infligimos». El horror era el mal disfrazado de creación. Las canciones de las ballenas eran inolvidables y agradables, pero el león raja la tripa del ñu y algunas diminutas avispas se alimentan de orugas vivas que habitan en las flores o el césped, el indicador grande canta animado, pero pone huevos en nidos ajenos, y cuando el polluelo nace mata inmediatamente a sus hermanastros con un gancho fuerte y afilado cerca de su pico, del cual se desprende en terminar la matanza. «¿Qué inmortal mano o qué ojo...?» Kinderman hizo una mueca en recordar un hospital psiquiátrico para niños. Una habitación con cincuenta camas en jaulas, con un niño dentro de cada una. Entre ellos había un niño de ocho años cuyos huesos no habían crecido por años. ¿Podía la

gloria y la belleza de la creación justificar el dolor que sufría ese niño? Iván Karamazov merecía una respuesta.

—Hay elefantes muriendo de infartos, Stedman.

—¿Disculpe?

—En la jungla. Mueren por el estrés de encontrar comida y agua. Intentan ayudarse entre ellos. Si uno muere demasiado lejos, los demás llevan sus huesos a su propio cementerio. El patólogo parpadeó y cerró con más fuerza el cuello de la chaqueta. Había oído a hablar sobre esos comentarios, esas salidas irrelevantes, y que últimamente se oían más frecuentemente, pero era la primera vez que él mismo las oía. En la central circulaban rumores de que Kinderman, más o menos peculiar, empezaba a mostrar signos de senilidad. Stedman le examinó con interés profesional, pero no vio nada diferente en su forma de vestir: el abrigo gris y grande de tweed, los tejanos arrugados, anchos y con puños, el extraño sombrero de fieltro, decorado en un lado con la pluma de algún pájaro sucio y de mala reputación. «Este hombre parece salido de una casa de caridad», pensó. De reojo vio alguna mancha por aquí y por allá. Pero sabía que este había sido siempre el estilo de Kinderman. No había nada extraño. Tampoco en su cuerpo: las uñas de los cortos y regordetes dedos estaban bien cuidadas, las mejillas hundidas brillaban limpias, y los ojos marrones y caídos aún parecían mirar hacía tiempos pasados. Como siempre, sus formas y sus delicados movimientos recordaban un viejo padre vienes interesado en el arreglo de flores.

—Y en la Universidad de Princeton —siguió Kinderman— están experimentando con chimpancés. El chimpancé tira de una palanca y de una máquina aparece un plátano precioso. Hasta ahí todo bien, ¿no? Pero ahora los científicos construyen otra jaula y encierran otro chimpancé. Entonces vuelve el primero en busca de su desayuno, pero esta vez cuando tira de la palanca y el plátano sale, el otro chimpancé grita debido a un shock eléctrico. Después de eso, sin importar lo hambriento que esté, el primer chimpancé no volverá a tirar de la palanca siempre que vea a un chimpancé en la otra jaula. Lo han probado con cincuenta o cien chimpancés, y el resultado siempre es el mismo. Vale, puede que algún oportunista, algún sabelotodo parecido a Dillinger o algún sádico tire de la palanca, pero el noventa por ciento de las veces no lo hacen.

—No lo sabía.

Kinderman siguió observando la lona. En Francia habían descubierto dos esqueletos neandertales que a pesar de tener heridas incapacitantes habían vivido dos años. Estaba claro que la tribu los había mantenido con vida. «Y fíjate en los niños», pensó. El inspector sabía que no existía nada más objetivo que el sentido de la justicia de un niño, de lo que es justo y de cómo deberían ser las cosas. ¿De dónde venía? «Y cuando mi hija, Julie, tenía tres años, no podías darle una galleta o un juguete sin que se lo diera a otro niño. Más tarde aprendió a pensar en sí misma. Pero no es el poder lo que corrompe a los niños», pensó. «Son los empujones y las injusticias del mundo y una bolsa de M&M medio vacía». Los niños venían al mundo sin nada más que su inocencia. La bondad era innata. No se aprendía y tampoco era egoísmo premeditado. «¿Qué chimpancé jamás había engatusado una compradora para que comprase toda la colección de primavera de negligés? Es realmente ridículo. ¿Quién había oído nunca algo así?» Y ahí estaba la paradoja. El bien y el mal estaban entrelazados como las cadenas de hélice doble incrustadas en el ADN del cosmos. «Pero ¿cómo puede ser?» se preguntó el inspector. ¿Había un embustero suelto por el universo? ¿Un Satanás? «No. Qué tontería. Dios le daría tal colleja que se pasaría el resto de su vida contándole al sol cómo una vez conoció y dio la mano a Arnold Schwarzenegger». Satanás no hacía desaparecer la paradoja, una herida mental abierta que nunca se curaba.

Kinderman cambió de postura. El amor de Dios quemaba con un calor feroz y oscuro, pero no iluminaba. ¿Había oscuridad en él? ¿Era brillante y sensible pero corrupto? Después de todo, ¿la respuesta al misterio no era otra que Dios era realmente un asesino, como Leopold y Loeb habían sido? ¿O es que Dios estaba más tarado de lo que nadie antes había imaginado? ¿Era un ser de poderes fantásticos pero limitados? El inspector podía imaginarse a Dios en medio de un juicio, declarándose «culpable, pero con motivos, su señoría». La teoría era atractiva. Era racional, evidente y des de luego la más simple y apta ante todos los sucesos. Pero Kinderman la rechazó de inmediato y sometió la lógica a su intuición, como ya había hecho en muchos otros casos. «No vine a este mundo a vender de puerta en puerta las palabras de William de Ockham» es lo que había dicho tantas veces a compañeros perplejos o, una vez, incluso a un ordenador. «Mi intuición, mi opinión» decía siempre. Y así se sentía con el problema del mal. Alguna cosa le susurraba en el alma que la verdad era impactante y, de alguna forma, conectada al pecado original, pero solo de forma analógica y vaga.

Había algo diferente. El inspector levantó la mirada. El motor de la draga se había detenido. Había pasado lo mismo con el llanto de la mujer. En el silencio podía oír el río golpeando el embarcadero. Se giró y se encontró con la mirada de Stedman.

—Primero, no podemos seguir encontrándonos así. Segundo, ¿has intentado alguna vez poner el dedo en una sartén que está al rojo vivo?

—No, no lo he hecho —dijo Stedman.

—Yo sí. No lo hagas, duele demasiado. Leemos en los periódicos que alguien murió en un incendio en un hotel. «Treinta y dos muertos en el incendio de Mayflower» dice. Pero nunca te imaginas qué significa. No puedes entenderlo, no puedes imaginarlo. Si pones el dedo en la sartén lo harás.

Stedman asintió en silencio. Kinderman bajó la mirada y después observó fijamente y mal humorado al patólogo. «Mírale», pensó. «Se piensa que estoy loco. Es imposible hablar de nada así».

—¿Algo más, inspector?

Sí. Ananías, Misael y Azarías. «Enfurecido, el rey mandó poner al fuego grandes sartenes y calderos. Cuando estuvieron calientes, ordenó que al que había hablado en nombre de todos le cortaran la lengua, y que le arrancaran el cuero cabelludo y le cortaran los pies y las manos. El rey mandó acercarlo al fuego y, todavía con vida, echarlo a la sartén».

—No, nada.

—Entonces, ¿podemos llevarnos el cuerpo?

—Aún no.

Kinderman pensaba que el dolor era útil y que el cerebro podía desconectarlo en cualquier momento. Pero ¿cómo? «El gran fantasma en el cielo no nos lo ha dicho». Por algún error administrativo, los anillos descodificadores del dolor de la huérfana Annie no se habían producido. «Rodarán cabezas» pensó Kinderman, desolado.

—Stedman, lárgate. Vete. Tómate un café.

Kinderman le observó mientras se iba hacia el cobertizo, donde se reunieron la policía científica, el dibujante, el encargado de las pruebas, el medidor y el maestro anotador. Su actitud era muy informal. Uno de ellos se rio. Kinderman se preguntó que habían dicho, y pensó en Macbeth y el progresivo entumecimiento de la moral.

El anotador le dio a Stedman un libro de contabilidad. El patólogo asintió y el resto de personal se fue. Sus pasos crujían en la gravilla del camino que los llevó rápidamente

hasta una ambulancia y los paramédicos que esperaban, y pronto estarían bromeando y quejándose de sus familias en las calles adoquinadas y vacías de Georgetown. Iban deprisa, seguramente iban a desayunar, quizás en el acogedor restaurante White Tower en la calle M. Kinderman miró el reloj y asintió. Sí. El White Tower estaba abierto toda la noche. «Tres huevos poco hechos, Louis. Y mucho beicon, ¿vale? Y pan tostado». El calor era útil.

Doblaron una esquina y desaparecieron, pero se oyó una carcajada.

Kinderman volvió a centrarse en el patólogo. Había otra persona hablando con él, el sargento Atkins, el ayudante de Kinderman. Joven y delicado, llevaba un chaquetón de la marina encima de la chaqueta de su traje marrón de franela, y el gorro de marinero de lana negra bajado hasta las cejas, que escondía un corte de pelo corto y rizado. Stedman le dio el libro de contabilidad. Atkins asintió, dio unos pocos pasos y se sentó en el banco enfrente del cobertizo. Abrió el libro y repasó el contenido. Sentadas no muy lejos de él había una mujer llorando y una enfermera. La enfermera abrazaba la mujer y trataba de consolarla.

Stedman estaba solo, observando a la mujer, sin moverse. Kinderman observó interesado su expresión. «Así que tienes sentimientos, Alan», pensó. «Tantos años de mutilaciones y finales violentos y aún hay una parte de ti que tiene sentimientos. Muy bien. Yo también. Somos parte del misterio. Si la muerte fuera como la lluvia, algo natural, ¿por qué nos sentiríamos así, Alan? Particularmente tú y yo. ¿Por qué?» Kinderman deseaba estar en la cama en casa. Sentía el cansancio en los huesos de las piernas y en la tierra bajo sus pies. Era pesado.

—¿Inspector?

Kinderman se giró y respondió.

—¿Sí?

Era Atkins.

—Soy yo, señor —dijo.

—Sí, ya lo veo.

Kinderman fingió mirarlo con disgusto, y lo miró de arriba abajo antes de mirarle a los ojos. Sus ojos eran pequeños y de color esmeralda. Eran pequeños y le daban un aire de meditación permanente. A Kinderman le recordaba a un monje medieval, del tipo que aparecían en las películas, con una expresión seria, sincera y estúpida. Pero el inspector

sabía que Atkins no era estúpido. Tenía treinta y dos años, era veterano naval en la Guerra de Vietnam y se había graduado en la Universidad Católica. Detrás de ese rostro sin expresión se escondía alguien brillante y fuerte que canturreaba, alguien maravilloso y espiritual que se escondía no por las mentiras, sino por amabilidad. O eso pensaba Kinderman. A pesar de ser pequeño, una vez fue capaz de detener un gigante drogado que amenazaba con un cuchillo en la garganta de Kinderman, y cuando la hija de Kinderman sufrió un accidente casi mortal, Atkins se pasó doce noches en la sala de visitas del hospital. Había gastado sus vacaciones para eso. Kinderman lo adoraba. Era leal como un perro.

—Yo también estoy aquí, Martín Lutero. Y te estoy escuchando. Kinderman, el judío sabio, te escucha —dijo. ¿Qué más quedaba por hacer, sino? ¿Llorar?—. Estoy escuchando, Atkins, antigualla con patas. Dime. Dame las buenas noticias de Ghent. ¿Hay huellas?

—Muchas. Por todos lados. Pero están muy contaminadas, inspector.

—Lástima.

—También han encontrado algunos filtros de cigarrillos —ofreció Atkins, con esperanza. Servía. Podían buscar el grupo sanguíneo—. Y había restos de pelo en la víctima.

—Bien. Perfecto.

Podría ayudar a identificar el asesino.

—Y hay esto —dijo Atkins.

Mostraba una bolsita de plástico. Kinderman lo cogió con cuidado por la punta y frunció el ceño mientras se lo acercaba a los ojos. Dentro había una pieza de plástico rosa.

—¿Qué es?

—Un pasador. Para el pelo.

Kinderman entrecerró los ojos y se lo acercó aún más.

—Hay algo escrito.

—Sí. Dice «Great Falls, Virginia».

Kinderman bajó el sobre y miró a Atkins.

—Lo venden en la tienda de recuerdos de Great Falls —dijo—. Julie tenía uno. Pero hace años de eso, Atkins. Se lo compré yo. Dos de ellos de hecho —le devolvió el sobre a Atkins y suspiró—. Es para niños.

Atkins se encogió. Miró hacia el cobertizo y guardó el sobre en un bolsillo.

—Tenemos aquella mujer aquí, inspector.

—¿Podrías por favor quitarte ese estúpido gorro? No estamos haciendo de Dick Powell en «Aquí viene la armada», Atkins. Olvídate del bombardeo de Haiphong, ya se ha acabado.

Tal como le había ordenado, Atkins se sacó el gorro y lo guardó en el otro bolsillo del chaquetón. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Vuelve a ponértelo —dijo Kinderman en voz baja.

—Estoy bien.

—Yo no. El corte de pelo es peor. Póntelo.

Atkins dudó, y Kinderman añadió:

—Va, póntelo. Hace frío.

Atkins volvió a ponerse el gorro.

—Tenemos esa mujer aquí —repitió.

—¿Tenemos a quién?

—La anciana.

Joseph Mannix, el gerente del embarcadero había descubierto el cadáver en el embarcadero esa misma mañana de domingo, trece de marzo, en llegar para abrir el negocio: cañas y cebo, alquiler de kayaks, canoas y botes de remo. La declaración de Mannix fue breve:

DECLARACIÓN DE JOSEPH MANNIX

Me llamo Joe Mannix y... ¿Qué?

(Interrupción de un agente). Sí. Vale, lo pillo, entendido. Me llamo Joseph Francis Mannix y vivo en el número 3618 de la calle Prospect en Georgetown, Washington, D.C. Soy dueño y gerente de Embarcadero Potomac. He llegado más o menos a las cinco y media, es la hora en que siempre abro, saco el cebo y empiezo a preparar el café. Los clientes llegan a partir de las seis, a veces incluso llegan antes que yo. Hoy no había nadie. He recogido el diario y... ¡Ai! ¡Ai, Dios mío! ¡Por el amor de Dios!

(Interrupción. El testigo se tranquiliza). He llegado, abierto la puerta, entrado y preparado el café. Entonces he salido a contar los botes, a veces los roban. Rompen la cadena y se los llevan. Hoy estaban todos, así que me he girado para

volver dentro. Ha sido entonces que he visto el carro del chiquillo y un montón de diarios, y he visto... he visto...

(El testigo señala el cuerpo de la víctima. No puede seguir. El agente pospone el interrogatorio).

La víctima era Thomas Joshua Kintry. Doce años, negro. Su madre era Lois Annabel Kintry, viuda, de treinta y ocho años, profesora de lenguas en la Universidad de Georgetown. Thomas Kintry repartía el Washington Post por la mañana y seguía siempre la misma ruta. Debería haber repartido el diario en el embarcadero aproximadamente a las cinco de la mañana. Mannix había llamado a emergencias a las cinco treinta y ocho. Habían identificado inmediatamente a la víctima gracias a la etiqueta bordada en la chaqueta verde donde había su nombre, una dirección y un número de teléfono. Thomas Kintry era mudo. Solo hacía trece días que repartía el diario, de no ser así Mannix lo habría reconocido, pero no lo había hecho. Pero Kinderman lo hizo. Lo conocía porque acudía a los talleres organizados por la policía.

—La anciana —repitió Kinderman. Frunció el ceño, confundido, y miró el río.

—Está en el cobertizo, inspector.

Kinderman se giró y echó una mirada penetrante a Atkins.

—¿Está bien abrigada? —preguntó—. Aseguraos que no tenga frío.

—Le hemos dado una manta y está cerca de la chimenea.

—Debería comer. Dadle una sopa, y que esté caliente.

—Le hemos dado consomé.

—Está bien, pero que esté caliente.

Los agentes la habían encontrado a unos metros del embarcadero y la habían recogido con la draga. La habían encontrado de pie en la orilla sur del Canal Chesapeake-Ohio, que estaba cubierto de césped por estar en desuso, a pesar de que tiempo atrás habían circulado muchos barcos y pasajeros por él. Ahora mayoritariamente lo usaban aquellos que hacían *jogging*. Debía tener unos setenta años, cuando la habían recogido estaba temblando y se abrazaba fuerte mientras miraba a su alrededor, con lágrimas en los ojos, como si estuviera perdida, desorientada y asustada. Pero no podía o quería responder ninguna pregunta, y parecía estar demente, en shock o catatónica. Nadie sabía qué hacía ahí. No había casas cerca, pero, a pesar de las temperaturas glaciales, solo llevaba un

pijama de algodón con estampado de flores debajo de un batín azul y unas zapatillas suaves rosas.

Stedman reapareció.

—¿Ya has terminado con el cuerpo, inspector?

Kinderman miró la lona ensangrentada.

—¿Se ha terminado, Thomas Kintry?

Los sollozos volvieron a llegarle y sacudió la cabeza.

—Atkins, llévate a la señora Kintry a casa —dijo—. Y a la enfermera. Llévate a la enfermera también. Haz que se quede con ella todo el día. Yo mismo le pagaré las horas extras. Venga, llévatela.

Atkins empezó a hablar, pero Kinderman lo interrumpió.

—Sí, sí, la anciana. Lo sé. Iré a verla.

Atkins se fue para cumplir sus órdenes. Kinderman se arrodilló, jadeando y quejándose.

—Perdóname, Thomas Kintry —murmuró.

Levantó la lona y observó los brazos, el pecho y las piernas. «Es tan delgado, estaba en los huesos», pensó. Era huérfano y tiempo atrás había sufrido de pelagra. Lois Kintry lo adoptó cuando tenía tres años. Una nueva vida. Ahora acabada. Lo habían crucificado en una cruz hecha de remos, habían clavado sus brazos y pies en ella. Y habían usado el mismo tipo de tornillos gruesos para dibujar un círculo en su cabeza, y los tornillos habían penetrado el cráneo y finalmente el cerebro. La sangre caía por encima de los ojos, que aún mostraban el terror que había vivido, y de la boca, abierta, con la que debía haber intentado gritar, de dolor y miedo, a pesar de ser mudo.

Kinderman examinó los cortes de la mano izquierda de Kintry. Era verdad, tenían un patrón. El signo de Géminis. Entonces miró la otra mano y vio que le faltaba el dedo índice. Se lo habían cortado. El inspector sintió un escalofrío.

Volvió a taparlo con la lona y, lentamente, se puso en pie. Entonces se quedó mirando al suelo, con una triste resolución. «Encontraré a tu asesino, Thomas Kintry», pensó.

Aunque sea Dios.

—Bueno, Stedman, ya sabes qué hacer —dijo—. Llévate el cuerpo y sal de mi vista. Apesta a químicos y muerte.

Stedman se giró para ir a buscar el equipo paramédico.

—No, no. Espera —le llamó Kinderman.

Stedman se giró de nuevo, y el inspector se acercó a él para hablarle en voz baja.

—Espera a que se vaya su madre.

Stedman asintió.

La draga ya estaba amarrada. Un sargento de policía, que llevaba una chaqueta negra de piel forrada saltó al embarcadero y se acercó. Llevaba algo envuelto en una tela y estaba a punto de empezar a hablar, pero Kinderman le interrumpió.

—Espera, un momento. Ahora no. Dame un minuto.

El sargento siguió la mirada de Kinderman. Atkins estaba hablando con la enfermera y la señora Kintry, que asintió, y después ambas se levantaron. Kinderman tuvo que apartar la mirada cuando la señora Kintry miró a la lona que tapaba el cuerpo. A su niño. Esperó un momento, y preguntó:

—¿Ya se han ido?

—Sí, se están metiendo en el coche —dijo Stedman.

—Dime, sargento —dijo Kinderman—. Muéstranos lo que traes.

El sargento apartó la tela marrón en silencio, con cuidado de no tocar el contenido del interior. Parecía un mazo para la carne que se podía encontrar en muchas cocinas.

Kinderman se quedó mirándolo y finalmente dijo:

—Mi mujer tiene uno igual. Para el escalope. Aunque es más pequeño.

—Es del tipo que se usa en restaurantes —comentó Stedman—. O en las cocinas de grandes instituciones. Los vi en el ejército.

Kinderman miró a Stedman.

—¿Puede ser el arma?

Stedman asintió.

—Dáselo a Delyra —instruyó el inspector—. Voy dentro, a ver a la anciana.

En el interior del cobertizo se estaba bien. Había leña quemando y crujendo en la enorme chimenea. Alrededor de esta había unas piedras grandes, grises y redondas, y en las paredes había botes de remo de competición colgados.

—¿Podría decirnos su nombre, señora? Por favor.

Estaba sentada en un viejo sofá Naugahyde amarillo delante de la chimenea, con una policía a su lado. Kinderman estaba frente a ellas, jadeando, y con la gorra cogida por la visera. La anciana no parecía oírle, y parecía que estaba mirando algo que solo ella veía. Kinderman frunció el ceño, confundido. Se sentó en una silla frente a ella y dejó la gorra

encima de unas viejas revistas a las que les faltaba la cubierta y que parecían abandonadas en la mesa. La gorra tapó un anuncio de whiskey.

—Señora, ¿podría decirnos su nombre?

No hubo respuesta. Kinderman lanzó una pregunta silenciosa a la policía, que asintió de inmediato.

—Lleva así desde el principio, salvo cuando ha comido. Y cuando la he peinado —añadió. Kinderman volvió a mirar a la anciana. Hacía gestos curiosos y rítmicos con las manos y brazos. Entonces Kinderman vio algo que le había pasado desapercibido antes, algo pequeño y rosa cerca de su gorra. Lo cogió y leyó lo que había escrito en la pieza: «Great Falls, Virginia». Salvo que la *n* de Virginia había desaparecido.

—No pude encontrar la otra —dijo la policía—, así que después de peinarla no se lo he vuelto a poner.

—¿Lo llevaba puesto?

—Sí.

Ante el descubrimiento, Kinderman sintió entusiasmo y confusión. Muy probablemente la anciana había presenciado el crimen. Pero ¿qué hacía en el embarcadero a esas horas? Y con ese frío. ¿Qué había estado haciendo en la orilla del canal donde la habían encontrado? Kinderman pensó de inmediato que la mujer debía estar enferma, que era demente, y que quizás había salido a pasear el perro. «¿Un perro? Sí, quizás se escapó y no lo pudo encontrar. Por eso estaba llorando». Una sospecha terrible le asaltó: quizás presenciar el crimen la había traumatizado, por lo menos temporalmente. Sentía pena, entusiasmo y enfado. Necesitaban que hablase.

—¿No puede por favor decirnos su nombre, señora?

No hubo respuesta. En el silencio siguió con sus movimientos misteriosos. Fuera, una nube pasó frente el sol, y la luz solar invernal travesó la ventana, como una luz celestial. Iluminó ligeramente la cara y ojos de la anciana, y por un momento parecía ser una gran devota. Kinderman se inclinó hacia delante, le parecía haber detectado un patrón en los movimientos: tenía las piernas cerradas, después se llevaba las manos a las caderas, alternando cada vez de mano, a continuación hacía un movimiento pequeño y extraño, entonces levantaba la mano por encima de su cabeza, y finalmente se la llevaba a la cabeza. Y después de varios minutos tirándose del pelo volvía a empezar.

Siguió mirándola unos minutos, y después se levantó.

—Hasta que descubramos quién es, que se quede en la sala de detención, Jourdan.

La policía asintió.

—La has peinado —dijo el inspector—. Ha sido muy amable. Quédate con ella.

—Sí.

Kinderman se giró y abandonó el cobertizo. Dio varias órdenes, se aclaró la mente y condujo hasta una pequeña y encantadora casa de estilo Tudor cerca de la carretera Foxhall. Hacía seis años desde que habían dejado de vivir en un apartamento, y lo había hecho por su mujer, pero aún seguía refiriéndose a esa área medio rústica como «el campo».

Entró en la casa y gritó:

—¡Cariño, ya estoy en casa! Soy yo, tu héroe, el inspector Clouseau.

Colgó su gorra y su abrigo en el perchero que había en el pequeño recibidor, acto seguido se deshizo de su revólver y pistolera y las guardó en un cajón del oscuro y pequeño armario al lado del perchero.

—¿Mary?

No hubo respuesta. El olor a café recién hecho lo guio hasta la cocina. No tenía dudas de que Julie, su hija de veintidós años, estaría durmiendo, pero ¿y Mary? ¿Y Shirley, su suegra?

La cocina era de estilo colonial. Kinderman miró melancólico a las ollas de cobre y los demás utensilios que decoraban la cocina, e intentó imaginárselos en alguna cocina del gueto de Varsovia. Se acercó lentamente, casi arrastrando los pies, hasta la mesa de la cocina.

—Cheddar —murmuró. Casi siempre que estaba solo hablaba consigo mismo—. ¿Qué judío podría diferenciar entre el cheddar y cualquier otro queso? No sabrían hacerlo, es imposible. Es extraño.

Vio una nota en la mesa. La cogió y la leyó.

Querido Billy,

No te enfades, pero cuando el teléfono nos ha despertado, mamá ha insistido en ir a Richmond, como castigo supongo, así que he pensado que era mejor salir pronto. Dice que los judíos del sur deberían hacer piña. Pero ¿quién vive en Richmond?

¿Te lo has pasado bien en el taller? Ya tengo ganas de volver para que me lo cuentes todo. Te he preparado lo de siempre y lo he dejado en la nevera. ¿Esta noche estarás en casa o, como siempre, irás a patinar con Omar Sharif y Catherine Deneuve?

Besos.

Pensar en la pequeña y tierna sonrisa de su mujer le reconfortó. Dejó la nota y sacó de la nevera la bandeja que le había dejado su mujer y que contenía crema de queso, tomates, salmón ahumado, pepinillos y turrón de almendra y chocolate. Cortó y tostó dos panecillos, se sirvió una taza de café y se sentó a comer. Se dio cuenta que en la silla a su lado había el diario del *Washington Post*. Miró la comida que tenía enfrente. Tenía el estómago vacío, pero no podía comer. Había perdido el apetito.

Se quedó un rato sentado, bebiendo café. Miró por la ventana. Fuera un pájaro cantaba. «¿Cantando en este clima? Deberían encerrarlo. Está loco, necesita ayuda».

—Yo también —murmuró el inspector.

En ese momento el pájaro dejó de cantar, y el único sonido era el del péndulo del reloj colgado en la pared. Eran las ocho cuarenta y dos. Los cristianos debían estar camino a la iglesia. No perdía nada. «Por favor, dedicad una plegaria a Thomas Kintry».

—Y otra para William F. Kinderman —añadió en voz alta.

«Sí. Y otra», pensó. Dio un sorbo al café. Que coincidencia más perversa, que la muerte de Kintry coincidiera con el doceavo aniversario de otra muerte igual de violenta y misteriosa.

Kinderman miró el reloj. ¿Se había detenido? No, seguía avanzando. Se removió en la silla. Notaba algo extraño en el aire. ¿Qué era? «Nada. Estás cansado». Cogió el turrón y se lo comió. «No está tan bueno sin antes haberme comido los pepinillos», se lamentó.

Sacudió la cabeza, se levantó y suspiró. Volvió a guardar la comida, lavó la taza y se fue de la cocina. Subió las escaleras con la idea de dormir un poco para permitir que su subconsciente pudiera trabajar, para ordenar las pistas que ni siquiera sabía que había visto, pero en llegar al segundo piso se detuvo.

—Géminis —murmuró.

«¿Géminis? Es imposible. Ese monstruo está muerto, no puede ser él». Entonces, ¿qué era ese escalofrío que le recorría el cuerpo? Se miró los brazos. «Sí. Tengo los pelos de punta. ¿Por qué?»

Pudo oír a Julie levantarse y arrastrándose hasta el baño, mientras que él seguía quieto, desconcertado e indeciso. Debería hacer algo. Pero ¿el qué? Las típicas líneas de investigación e inducción estaban descartadas. Buscaban un maníaco y el laboratorio no tendría resultados hasta la noche. Sentía que ya le habían sacado toda la información a Mannix y que deberían dejar tranquila a la madre de Kintry. Además, el joven nunca había tenido amigos cercanos ni rutinas marcadas, Kinderman lo sabía gracias a las veces en que había coincidido con el menor. Tenía que salir, moverse, perseguir algo. Oyó la ducha de Julie. Se giró y bajó las escaleras hasta el recibidor. Cogió el arma, su sombrero y abrigo y salió.

Una vez fuera se quedó con la mano en el pomo. Estaba preocupado, pensativo y dubitativo. El viento hizo caer un cartel de una taza de poliestireno que había en la carretera, y escuchó su sonido al caer. Después vino el silencio. Repentinamente se fue al coche y empezó a conducir.

Sin saber cómo había llegado, Kinderman aparcó ilegalmente en la Calle 33, cerca del río. Salió del coche y lo cerró. Por aquí y por ahí veía diarios del *Washington Post* en las entradas. Lo encontró doloroso y apartó la mirada.

Paseó por el parque hasta llegar a un puente que travesaba el canal, y siguió un camino para llegar al embarcadero. Había una multitud de curiosos hablando entre ellos, a pesar de que ninguno sabía con seguridad qué había ocurrido. Kinderman se acercó a las puertas del cobertizo. Estaban cerradas y había un cartel rojo y blanco colgado que decía «CERRADO». Kinderman miró el banco cerca de las puertas y se sentó. Sintió sus jadeos mientras se sentaba de espaldas al embarcadero.

Observó a la gente que se había reunido en el embarcadero. Sabía que muchos asesinos volvían al lugar donde habían cometido un crimen porque deseaban atención. Quizás el asesino estaba entre la gente, preguntando «¿Qué ha pasado? ¿Lo sabes? ¿Ha muerto alguien?». Buscó a alguien que estuviera sonriendo, con un tic o que pareciera drogado. Pero más específicamente buscaba a alguien que, a pesar de ya haber oído qué había ocurrido, siguiera por ahí, preguntando a los recién llegados. Kinderman metió la mano en el bolsillo del abrigo, donde siempre llevaba un libro, y sacó «*Claudio el dios*». Se miró el abrigo con mucho pesar. Quería aparentar ser un hombre cualquiera que pasaba por ahí, pero la novela de Robert Graves era un peligro. Podía engancharse a leer y no darse cuenta de que el asesino que buscaba estaba cerca suyo. Ya lo había leído dos veces,

así que conocía bien el peligro que representaban las páginas del libro. Lo guardó de nuevo en el abrigo y sacó otro libro: «*Esperando a Godot*». Suspiró aliviado y abrió el libro por el segundo acto.

Se quedó ahí hasta el mediodía, pero no vio a ningún sospechoso. A las once ya no quedaba nadie en el embarcadero y ya no se veía movimiento, aún y así esperó una hora más, con esperanza. Miró el reloj y después miró hacia los botes amarrados en el embarcadero. Alguna cosa le molestaba. ¿El qué? Lo pensó un buen rato, pero no encontró respuesta. Se guardó el libro y se fue.

En llegar al coche se encontró que había una multa en el parabrisas. La cogió y la miró anonadado. No era un coche patrulla, pero llevaba un distintivo de la Policía. Se guardó de cualquier forma la multa en el bolsillo, se metió en el coche y se fue. No sabía muy bien hacia donde se dirigía, y terminó en la comisaría de Georgetown. Una vez dentro fue en busca del sargento a cargo de la recepción.

—¿Quién estaba poniendo multas en la 33, cerca del canal, esta mañana?

El sargento le miró.

—Robin Tennes.

—Qué emoción vivir en una época y país donde incluso una ciega puede convertirse en policía —dijo Kinderman.

Le entregó la multa y se alejó.

—¿Hay noticias sobre el chico, inspector? —preguntó el sargento, sin ni siquiera mirar la multa.

—Nada de nada —respondió Kinderman—. Absolutamente nada.

Subió las escaleras y atravesó la sala del equipo, ignorando las preguntas de los curiosos, hasta que finalmente llegó a su despacho. En una pared colgaba un mapa de la parte noreste de la ciudad, y en otra pared había una pizarra. En la pared tras el escritorio, entre las dos ventanas por las cuales se veía el Capitolio, había un póster de Snoopy. Era un regalo de Thomas Kintry.

Kinderman se sentó, aún con la gorra puesta y el abrigo abotonado. En el escritorio había un calendario, una copia del Nuevo Testamento y un caja transparente con pañuelos dentro. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz, y entonces miró las fotografías que había pegadas en un lateral de la caja, eran de su mujer y su hija. Aún sonándose, movió la caja y se encontró con la foto de un cura con cabello oscuro. Permaneció inmóvil y leyó la

inscripción: «Sigue vigilando a esos dominicos, inspector. Firmado, Damien». La mirada de Kinderman se dirigió de la sonrisa de aquella cara arrugada a la cicatriz sobre el ojo derecho. De repente aplastó el pañuelo en su mano, lo tiró y justo cuando había cogido el teléfono, entró Atkins. Kinderman lo miró mientras cerraba la puerta.

—Ah, eres tú.

Dejó el teléfono y juntó las manos delante suyo, pareciendo así un Buda de barrio.

—Has vuelto pronto.

Atkins se acercó y se sentó en una silla frente al escritorio. Se quitó el gorro, y miró hacia la gorra de Kinderman.

—Ignora mi insolencia —dijo Kinderman—. Te había dicho que te quedaras con la señora Kintry.

—Han llegado su hermano y hermana, además de gente de la escuela y de la universidad. He pensado que era mejor que me fuera.

—Y ha sido una buena idea. Tengo mucho trabajo para ti.

Kinderman esperó a que Atkins sacara una pequeña libreta roja y un bolígrafo, y entonces siguió hablando.

—Primero, encuentra a Francis Berry. Fue el inspector encargado del equipo Géminis hace años. Aún trabaja para el departamento de homicidios en San Francisco. Quiero todo el material disponible sobre el caso Géminis. Todo. La carpeta entera.

—Pero Géminis lleva doce años muerto.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio, Atkins? No lo sabía. Así que todos esos titulares en los periódicos eran verdad. Y las noticias en la tele y la radio también. Qué sorpresa. De verdad. Estoy atónito.

Atkins estaba escribiendo con una sonrisa pequeña y avergonzada. La puerta se abrió de par en par y el jefe de la policía científica entró.

—No te quedes en la puerta, Ryan. Acércate —dijo Kinderman.

Ryan entró y cerró la puerta.

—Escúchame, Ryan —dijo Kinderman—. Mira el joven Atkins. Estás ante su majestad, un gigante. De verdad. Hay que darle el reconocimiento que merece. ¿Quieres saber cuál ha sido su mayor caso desde que está con nosotros? Claro que quieres. No deberíamos correr un tupido velo en este caso. La semana pasada, por decimonovena vez...

—Vigésima —corrigió Atkins, levantando su bolígrafo para añadir énfasis.

—Por vigésima vez, mencionó a Mishkin, el mal personificado. ¿Su pecado? ¿Su modus operandi? Colarse en apartamentos y redecorarlos —dijo Kinderman. Entonces centró su mirada en Atkins—. Esta vez ha ido tras un auténtico psicópata, de verdad.

—¿Y qué tiene esto que ver con homicidios? —preguntó Ryan.

Atkins le miró, sin mostrar ninguna expresión.

—Mishkin deja una nota en que amenaza con matar a los propietarios si alguna vez vuelve y encuentra algo fuera de su sitio.

Ryan parpadeó.

—Eres un auténtico héroe, Atkins. Salido de la mismísima *Ilíada* —dijo Kinderman—.

¿Tienes algo para mí, Ryan?

—Aún no.

—¿Entonces porque me estás haciendo perder el tiempo?

—Me preguntaba si había algo nuevo.

—Hace frío en la calle. Y esta mañana ha salido el sol. ¿Tienes más preguntas para el oráculo? Es que muchos reyes del este esperan su turno.

Ryan parecía indignado y abandonó el despacho. Kinderman le siguió con la mirada y cuando se cerró la puerta se volvió a centrar en Atkins.

—Se ha creído todo ese rollo sobre Mishkins.

Atkins asintió. Kinderman sacudió la cabeza.

—Este hombre no oye música —dijo.

—Pero lo intenta.

—Gracias, Madre Teresa.

Kinderman estornudó y cogió otro pañuelo.

—Salud.

—Gracias, Atkins.

Kinderman se sonó y se deshizo del pañuelo.

—Lo que estaba diciendo, vas a conseguir los archivos sobre Géminis.

—Sí, señor.

—Después comprueba si alguien ha venido a por la anciana.

—Aún no, señor. Lo he comprobado en llegar.

—Entonces llama al departamento de distribución del *Washington Post*. Consigue el nombre del jefe de Kintry y búscalo en la base de datos del FBI, descubre si nunca ha

tenido problemas con la ley. A las cinco de la mañana lo más probable es que el asesino no estuviera ahí por casualidad. Alguien sabía que Kintry estaría ahí.

El sonido de un fax del piso de abajo empezó a oírse. Kinderman miró hacia el suelo.

—Es imposible concentrarse con tanto ruido.

Atkins asintió.

El fax se detuvo repentinamente. Kinderman suspiró y miró a su ayudante.

—Hay otra posibilidad. Alguien de la ruta de Kintry puede haberlo matado, alguien a quien ya había repartido el diario antes de llegar al embarcadero. Podría haberlo matado y llevado después al embarcadero. Es una posibilidad. Así que deberías revisar todos los nombres.

—Entendido, señor.

—Y otra cosa. Casi la mitad de los diarios de Kintry aún estaban por repartir. Descubre si alguien llamó a *Washington Post* para quejarse de no haber recibido el diario. Entonces táchalos de la lista y aquellos que queden, aquellos que no se quejaron, también hay que investigarlos.

Atkins dejó de escribir y miró expectante al inspector. Kinderman asintió.

—Sí, exacto. Los domingos la gente quiere sus estúpidos diarios, Atkins. Así que si alguien no llamó reclamando su diario solo puede ser por dos razones. La primera es que el suscriptor esté muerto, la segunda es que sea el asesino. Es tan solo una posibilidad, pero no perdemos nada. Deberías buscar todos esos nombres en la base de datos del FBI. No tiene nada que ver, pero ¿crees que algún día los ordenadores pensarán por sí mismos?

—No lo creo.

—Yo tampoco. Una vez leí que a un teólogo le habían hecho esa misma pregunta, y él respondió que solo se preocuparía por eso cuando los ordenadores empezaran a preocuparse porque sus piezas se estaban desgastando. Yo pienso lo mismo. Que Dios bendiga los ordenadores, están bien. Pero una cosa hecha de cosas no puede pensar por sí misma. ¿O me equivoco? Es lo mismo que decir que la mente es el cerebro. Vale, tengo la mano en el bolsillo, pero ¿acaso el bolsillo es mi mano? Todos los borrachos que hay en la calle saben que un pensamiento es un pensamiento y no unas células o alguna basura moviéndose en el cerebro. Saben que los celos no son un juego de Atari. Además, ¿a quién quieren engañar? Si esos fabulosos científicos japoneses pudieran fabricar una neurona artificial de unos dieciséis centímetros cúbicos, para crear un cerebro artificial

necesitarían un almacén de miles de metros cúbicos para esconderlo de tu vecina, la señora Briskin, y asegurarle que todo va bien. Además, sueño con el futuro, Atkins. ¿Qué ordenador podría hacer eso?

—¿Mannix no está entre tus sospechosos?

—No quiero decir que sueñe el futuro típico y predecible. Sueño cosas que no puedes ni imaginar. Y no solo yo. Deberías leer «*Un experimento con el tiempo*» de J.W. Dunne. También deberías leer a Jung, el psiquiatra, y Wolfgang Pauli, su amigo físico tan famoso a quien ahora llaman el padre del neutrino. Les comprarías hasta un coche de segunda mano, Atkins. Y sobre Mannix, tiene siete hijos, es un santo. Le conozco desde hace dieciocho años. Olvídalo. Lo más sorprendente, para mí, es que Stedman no haya visto signos de que primero golpearan a Kintry en la cabeza. Con lo que le hicieron, ¿cómo puede ser? Estaba consciente. Dios mío, estaba consciente.

Kinderman miró hacia abajo y sacudió la cabeza.

—Quizás busquemos a más de un monstruo, Atkins. Alguien tuvo que sujetarlo. Debe ser así.

El teléfono empezó a sonar. Kinderman miró los botones y vio que era de la línea privada. Cogió el teléfono.

—Aquí Kinderman.

—¿Bill?

Era su mujer.

—Ah, eres tú cariño. Dime, ¿qué tal Richmond? ¿Aún estáis ahí?

—Sí, acabamos de ver el Capitolio. Es blanco.

—Fascinante.

—¿Y qué tal tu día, cariño?

—Genial, cielo. Tres asesinatos, cuatro violaciones y un suicidio. Dicho de otra forma, un día cualquiera en la comisaría. Cariño, ¿cuándo vas a sacar la carpa de la bañera?

—No puedo hablar demasiado.

—Entiendo. La madre de los Gracchi está cerca. Doña Misterio. Se ha metido en la cabina telefónica contigo, ¿verdad?

—No sé qué decirte. ¿Vas a venir a cenar hoy?

—No creo, ángel mío.

—¿Y para comer mañana? No comes bien cuando no estoy ahí. Si volvemos ahora deberíamos llegar sobre las dos.

—Gracias, cariño, pero hoy me toca animar al padre Dyer.

—¿Qué le pasa?

—Lo de cada año.

—Ah, es hoy.

—Sí, es hoy.

—Lo había olvidado.

Dos policías estaban arrastrando un sospechoso a través de la sala, y este se estaba resistiendo y gritando.

—¡Que no lo he hecho! ¡Soltadme, putos inútiles!

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer de Kinderman.

—Solo un *goyim*, cariño. Ignóralo.

La puerta de una sala de interrogatorios se cerró con fuerza frente al sospechoso.

—Llevaré a Dyer al cine. Hablaremos de la peli y se lo pasará bien.

—Entendido. Prepararé algo y te lo dejaré en el horno.

—Eres un cielo. Ah, por cierto, cierra bien las ventanas hoy.

—¿Por qué?

—Me sentiría mejor. Besos y abrazos, amor mío.

—Para ti también.

—Pero deja una nota sobre la carpa, cariño. No quiero entrar en el baño y encontrármela ahí.

—¡Vamos, Bill!

—Adiós, cariño.

—Adiós.

Colgó y se levantó. Atkins le estaba mirando.

—La carpa no es asunto tuyo —dijo el inspector—. Solo te debería importar que algún grave mal se oculta en Dinamarca —añadió, y se fue hacia la puerta—. Tienes mucho que hacer, así que, por favor, hazlo. Mientras, yo me voy al cine Biograph hasta las cuatro y media. Después estaré en Clyde o de vuelta aquí. Cuando la científica tenga información házmelo saber. Como sea, hazme un perdida o algo. Adiós, Lord Jim. Que te vaya bien el crucero de lujo por el *Patna*. Y ten cuidado con las filtraciones.

Salió del despacho y se adentró al mundo donde la gente muere. Atkins le observó mientras pasaba entre los agentes, que disparaban preguntas como los vagabundos de la calle Bombay. Después desapareció por las escaleras. Atkins ya le echaba de menos.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Observó los monumentos de la ciudad, hechos de mármol blanco, bañados por la luz del sol, tan cálida y real. Escuchó el tráfico. Sentía que algo no iba bien. Había cierta oscuridad excitando aquello que le parecía incomprensible, pero aún y así lo notaba.

Atkins trató de dejar de pensar en eso. Creía en el mundo y se compadecía de los humanos de igual manera. Deseando que todo acabase bien, se giró y se preparó para empezar a trabajar.

2

Joseph Dyer era un cura jesuita, irlandés, de cuarenta y cinco años y profesor de religión en la Universidad de Georgetown. Había empezado el domingo dirigiendo la misa, renovando su fe y misterio, celebrando la esperanza en la nueva vida y rezando para que Dios tuviera misericordia con todas las personas. Después de la misa dio un paseo por el cementerio del campus, y dejó unas flores delante de la tumba con el nombre «Damien Karras, S.J.» Después desayunó rápidamente en el refectorio, y comió un poco de todo: tortitas, chuleta de cerdo, pan de maíz, salchichas, beicon y huevos. Se había sentado con el rector de la universidad, el Padre Riley, de quien hacía años que era amigo.

—Joe, ¿dónde termina toda esa comida? —preguntó Riley, que miraba maravillado al pequeño y pecoso pelirrojo consumir una gran cantidad de comida.

Dyer miró con sus ojos de un color azul místico al rector.

—Una vida sana, *mon père*.

Cogió el cartón de leche y se sirvió otro vaso.

El Padre Riley negó con la cabeza y dio un sorbo al café. Había olvidado dónde se habían quedado en la discusión sobre Donne como poeta y cura.

—¿Tienes planes hoy, Joe? ¿Estarás por aquí?

—¿Acaso quieres enseñarme tu colección de alzacuellos?

—La semana que viene tengo que dar un discurso en el Colegio de Abogados de Estados Unidos. Me gustaría practicar.

Riley miró fascinado a Dyer, que estaba creando una piscina de sirope de arce en su plato.

—Sí, estaré por aquí hasta las dos y cuarto. Después he quedado para ir al cine con un amigo, el inspector Kinderman. Ya le conoces.

—¿El que tiene cara de perro? ¿El policía?

Dyer asintió y se llenó la boca con más comida.

—Es un tipo interesante —comentó el rector.

—Cada año, en estas fechas, se deprime así que tengo que animarle. Le encantan las pelis.

—¿Es hoy?

Dyer volvió a asentir, con la boca llena de nuevo.

El rector dio otro trago de café.

—Lo había olvidado.

Dyer y Kinderman se encontraron en el cine Biograph en la calle M, y vieron casi la mitad de *El halcón maltés*, todo un placer, hasta que un hombre se sentó junto a Kinderman e hizo algunos comentarios perceptivos y elogiosos sobre la película que Kinderman aceptó. De repente el hombre puso una mano en la rodilla de Kinderman, que le miró incrédulo, e intentó controlar la respiración.

—Dios, no te creo.

Sacó unas esposas y se las puso al hombre, lo que provocó una conmoción en la sala. Kinderman se llevó al hombre a la entrada, llamó a unos agentes y lo metió en el coche patrulla.

—Dadle un susto y soltadle —dijo el inspector.

El hombre sacó la cabeza por la ventana.

—Soy amigo del senador Klureman.

—Estoy seguro de que le sabrá mal ver las noticias de las seis —contestó el inspector, y después dio indicaciones al conductor para que se fuera—. ¡*Avanti!* ¡Vamos!

El coche patrulla se fue, observado por una pequeña multitud. Kinderman buscó a Dyer y lo encontró en la entrada. Estaba mirando la calle mientras que con las solapas del abrigo escondía el alzacuello. Kinderman se le acercó.

—¿Qué haces? ¿Intentar fundar la orden de los «Padres al acecho»?

—Intentaba ser invisible.

—Pues no te ha salido bien —dijo Kinderman, divertido. Acercó su mano y tocó a Dyer—. Mira. Es tu brazo.

—Madre mía, que divertido es salir contigo, inspector.

—No seas ridículo.

—Claro.

—Ese maldito *putz* —se quejó el inspector—. Me ha arruinado la película.

—Ya la has visto diez veces.

—Y no me importaría verla otras diez o veinte veces.

Kinderman cogió el brazo del cura y empezaron a andar.

—Vayamos a comer algo en Tombs, o Clyde o en algún otro lado —propuso el inspector—. Podemos comer un poco de *nosh* y comentar la peli.

—¿Solo media peli?

—Recuerdo cómo sigue.

Dyer se detuvo.

—Bill, pareces cansado. ¿Un caso duro?

—Nada nuevo.

—Pareces deprimido —insistió Dyer.

—De eso nada. Estoy bien. ¿Y tú?

—Estoy bien.

—Mientes.

—Tú también —dijo Dyer.

—Cierto.

Dyer miró con preocupación al inspector. Parecía cansado y muy preocupado. Algo iba muy mal.

—De verdad, pareces muy cansado —dijo—. ¿Por qué no vas a casa y duermes un poco? «Ahora está preocupado por mí», pensó Kinderman.

—No puedo ir a casa —dijo.

—¿Por qué?

—La carpa.

—¿Sabes? Me ha parecido oír «carpa».

—La carpa —repitió Kinderman.

—Has vuelto a decirlo.

Kinderman se acercó a Dyer, y quedaron a pocos centímetros. Kinderman le echó una mirada sombría y firme.

—Mi suegra está de visita, ¿no? Aquella que se queja de que voy con malas compañías y que estoy relacionado con Al Capone, aquella que le regala «Chutzpah» y «Kibbutz» a mi mujer por Janucá. Estos son, claramente, perfumes procedentes de Israel, los mejores. Shirley. ¿Puedes hacerte ya una imagen de ella? Bien. Pronto cocinará carpa, un pez delicioso. Me parece bien. Pero como, supuestamente, está lleno de impurezas, Shirley compró el pez vivo y lleva tres días nadando en mi bañera. Incluso *ahora* está nadando en ella. De arriba abajo, de un lado a otro. Purificándose. Y lo odio. Y otra cosa, padre Joe, estás muy cerca de mí, ¿verdad? ¿Te has dado cuenta? Sí, te has dado cuenta de que llevo días sin bañarme. Tres. Por la carpa. Así que nunca vuelvo a casa hasta que la carpa está en el horno. Temo que si la veo nadando la mataré.

Dyer se apartó de él y empezó a reír.

«Mejor. Mucho mejor», pensó Kinderman.

—¿Y bien? ¿Dónde vamos a comer?

—Donde Billy Martin.

—Vamos, ya sabes que he hecho una reserva en Clyde.

—Vayamos a Clyde.

—¿Sabes? Sabía que dirías eso.

—Lo sé.

Retomaron su camino para intentar olvidar la noche.

Atkins se sentó en su escritorio y parpadeó. Pensó que quizás no lo había entendido o que no se había explicado bien. Repitió lo que había dicho, esta vez con el micrófono más cerca de la boca, y volvió a oír la misma respuesta.

—Sí, lo entiendo. Gracias. Muchas gracias.

Colgó. En el pequeño despacho sin ventanas lo único que se oía era su respiración. Apartó la lámpara de su cara y después puso la mano bajo la luz. Tenía los dedos blancos.

Atkins estaba aterrorizado.

—¿Podrías ponerme tomate extra en la hamburguesa?

Kinderman estaba despejando la mesa para dejar las patatas fritas que la camarera acababa de traerles.

—Gracias —dijo ella, y dejó el plato entre Kinderman y Dyer—. ¿Tres rodajas serán suficientes?

—Dos son más que suficientes.

—¿Más café?

—No hace falta. Muchas gracias.

Kinderman miró a Dyer.

—¿Y tú, Bruce Dern? ¿Quieres otra taza?

—No, gracias —dijo Dyer.

Dejó el tenedor al lado del plato que contenía una tortilla de curry sin comer. Cogió uno de los cigarrillos que había encima del mantel azul y blanco.

—Ahora vuelvo con el tomate —dijo la camarera. Sonrió y se fue a la cocina.

Kinderman miró el plato de Dyer.

—No estás comiendo. ¿Te encuentras mal?

—Es demasiado picante —dijo el cura.

—¿Demasiado picante? Te he visto comer pastelitos de crema con mostaza. Venga, deja que el experto te diga qué es el picante. El chef Milani viene al rescate.

Kinderman cogió su tenedor y probó un trozo de la tortilla de Dyer. Bajó el tenedor y miró anonadado el plato de su compañero.

—Es un descubrimiento arqueológico.

—Volviendo a la película —dijo Dyer, mientras exhalaba el humo del cigarrillo.

—Está en mi lista de diez mejores películas nunca hechas —declaró Kinderman—.

¿Cuáles son las tuyas, Padre? O las cinco mejores.

—Es un secreto.

—Pues no sabes guardarlos muy bien.

Kinderman puso sal a las patatas, mientras que Dyer se encogió de espaldas.

—¿Quién puede elegir las cinco mejores cosas de cualquier categoría?

—Atkins —respondió inmediatamente el inspector—. Puede decírtelo tan pronto como oye la categoría, sean películas, follones, lo que sea. ¿Hablas de herejes? Te dará una lista de diez, y en orden de preferencia, sin dudar ni un poco. Atkins toma decisiones muy rápido. Además, tiene buen gusto y no suele equivocarse.

—¿De verdad? ¿Y cuáles son sus películas favoritas?

—¿Las mejores cinco?

—Sí.

—*Casablanca*.

—¿Y las otras?

—La misma. Adora esa película.

El jesuita asintió.

—Él asiente —dijo Kinderman desolado—. «Dios es una zapatilla deportiva» dice el hereje, y Torquemada asiente y dice «Guardia, déjele ir. Hay mucho que decir por ambos bandos». De verdad, Padre, estos juicios precipitados deben cesar. Es culpa de tanto canto y guitarra durante la misa.

—¿Quieres saber mi película favorita?

—Sí, rápido —contestó Kinderman—. Rex Reed está esperando mi llamada en una cabina telefónica.

—*Qué bello es vivir* —dijo Dyer—. ¿Contento?

—Es una gran elección —dijo Kinderman.

Sonrió.

—Por lo menos la he visto veinte veces —admitió el cura, con una sonrisa en el rostro.

2.5. Comparación entre el presupuesto y la factura

Para preparar el presupuesto y la factura tuve en cuenta parte del temario trabajado en algunas asignaturas de máster, como Gestión del Negocio y Traducción Literaria. Gracias a estas asignaturas sabía cómo hacer un presupuesto: los datos necesarios, tanto del cliente como del traductor, que había que hacer el presupuesto por página holandesa y no por palabra, los impuestos necesarios, etc.

Para elegir el precio por página holandesa (2.100 caracteres) volví a revisar los apuntes, además de algunos blogs de traducción, y encontré que los precios iban alrededor de 12 y 15 euros. Teniendo en cuenta el tipo de texto que era y la dificultad que me pareció que tenía tras haber leído algunos fragmentos elegí cobrar 14€/página. Finalmente, al restar el IRPF salía a pagar 345,94€ por unas 10.000 palabras en 15 días.

A pesar de que un traductor suele traducir 2.000 palabras al día, hubo días en que no pude llegar a tanto ya que había fragmentos que presentaron más dificultad de la que me parecía, por lo que terminé pasándome unos 7 días traduciendo en vez de 5. Además, después de haber traducido el texto lo revisé un par de veces antes de enviárselo de vuelta al cliente.

En conclusión, a pesar de haber puesto una tarifa un poco alta, aunque dentro de los precios estándar de la traducción literaria, creo que fue un precio justo por las horas que invertí en la traducción y revisión antes de enviárselo al cliente. Pienso que el haber leído partes del texto antes de hacer el presupuesto me ayudó a hacerme una idea de cuánto iba a tardar en traducir el texto y los problemas y las dudas que podía encontrar, por lo que pude elegir un precio ajustado al trabajo que tenía por delante.

2.6. Relación traductor-cliente

Tras haberseme asignado la traducción de «Legión» de William P. Blatty, acordé hacer una llamada con la clienta (Maria Rosich). En esta llamada me explicó sobre qué iba el

libro y cuáles eran las fechas de entrega y me pidió un presupuesto. Ese mismo día le envié un presupuesto provisional donde faltaban algunos datos (como la dirección o el CIF), así que en el mismo correo en el que le adjuntaba el presupuesto se los pedí para poder completar correctamente el presupuesto y, más adelante, la factura. Rápidamente me facilitó los datos necesarios y aceptó el presupuesto, por lo que empecé con la traducción. También pedí el contrato de traducción literaria que suelen firmarse con las editoriales, que me fue facilitado sin problemas.

Días más tarde, para la fecha prevista, envié mi traducción. Finalmente, después de recibir la revisión, envié la factura de la traducción.

Gracias a este tipo de juego de rol pude poner en práctica algunos de los temas tratados durante el máster, como hacer un presupuesto y una factura. Antes de empezar el trabajo, pensaba que la persona que contrata el traductor siempre facilita sus datos primero, pero en hacer el presupuesto me di cuenta de que faltaban algunos datos. Eso me hizo darme cuenta de que es posible que cuando más adelante trabaje de traductora, es posible que alguna vez algún cliente no facilite todos los datos, sea por la razón que sea, y no hay que tener miedo a pedirselos. Además, durante el curso había hecho presupuestos de tarifa por palabra o minuto, pero en cambio no habíamos hecho ninguno de traducción literaria (a pesar de haber hablado de cómo se hacían), así que este trabajo me sirvió para acabar de aprender cómo hacer un presupuesto para traducción literaria.

Además, para acordar una fecha de entrega de la traducción, me sirvió que durante el curso nos hubieran enseñado cuántas palabras se suelen traducir en un día, por lo que no tuve problemas en terminar la traducción a tiempo para el día acordado.

3. COMENTARIO DE LA TRADUCCIÓN

3.1. El proceso de traducción

3.1.1. Proceso y herramientas

Lo primero que hice en recibir el texto fue elegir el fragmento que iba a traducir, que fueron las primeras 10.007 palabras (a partir de «Part One»). Tras elegir el fragmento lo leí una primera vez en el ordenador y después lo imprimí. Una vez en papel volví a leerlo mientras iba marcando posibles problemas o dudas, e incluso ideas de traducción. Gracias a eso, cuando empecé la traducción ya tenía el texto más claro y no tuve problemas de comprensión.

En cuanto a las herramientas de traducción utilizadas, estas fueron mayoritariamente diccionarios en línea (Cambridge Dictionary, Wordreference o Merriam Webster) y, en algunas frases, para encontrar inspiración, usé DeepL. También tuve que buscar en internet las traducciones de algunos títulos de películas o libros, además de algunas citas. Antes de empezar con la traducción consideré la posibilidad de traducir el texto usando alguna herramienta de traducción automática que habíamos usado durante el curso. Pensé que era posible ahorrarme tiempo traduciendo algunos fragmentos, pero también pensé que al tener poca experiencia con ellas era posible que se me pasara por alto algún error. Finalmente decidí traducir manualmente, usando las herramientas comentadas anteriormente.

3.2. Dificultades de la traducción

Por «dificultades de la traducción» se entiende todo aquello que durante el proceso de traducción ha causado problemas, sea por la formulación de la frase en el texto original, por palabras desconocidas o por un tipo de lenguaje desfasado.

En el caso de este texto era fácil comprender el texto en su mayor parte, aún más si se han leído muchas novelas policíacas. Aún y así había partes que causaron dudas y problemas a la hora de traducir. Por una parte, hubo problemas terminológicos: palabras desconocidas o con más de una traducción posible, pero este tipo de problemas fueron, en su mayoría, los que tuvieron una solución más fácil o rápida. Después nos encontramos con problemas de lenguaje no inclusivo. A pesar de no presentar graves problemas a la hora de traducir estos ejemplos, había que estar alerta para que ninguna de esas partes

pasara desapercibida a la hora de traducirla. También nos encontramos con problemas de localización: lugares y marcas comerciales de Estados Unidos. En estos casos hizo falta adaptarlo de forma que el lector entendiera de qué se le estaba hablando. Finalmente, los elementos más complicados, las citas y títulos de libros y/o libros. Aunque los títulos fueran fáciles de identificar y encontrar su traducción, identificar las citas no siempre era fácil y encontrar su traducción original también resultó un problema en algunos casos.

A continuación, vamos a hablar de cada tipo de problema y sus soluciones, además de añadir ejemplos para ilustrarlos.

3.2.1. Problemas terminológicos

En los problemas terminológicos encontramos aquellas palabras que, por diferentes razones, causan problemas a la hora de traducir. Para hablar de los problemas que encontré durante mi traducción, dividiré los problemas en dos grupos:

- Problemas generales, es decir, problemas que se pueden encontrar en muchas (o incluso todas) las traducciones:
 - o Palabras desconocidas: pesar de tener mucho vocabulario es prácticamente imposible conocer todas las palabras. En este tipo de palabras mi solución fue buscar una definición de la palabra inglesa y las posibles traducciones de esta palabra, y, según el contexto, elegí la traducción que me parecía más adecuada.
 - o Palabras con diferentes traducciones: este también es un problema típico a la hora de traducir. Puedes encontrarte con palabras que, según su contexto, puedan traducirse de forma diferente, por lo que hay que prestar mucha atención al contexto para no traducirlo erróneamente.

CONTEXTO (TO)	TEXTO ORIGINAL	TRADUCCIÓN
Página 12, primera frase	«Dredgeboat»	«Draga»

Página 14, última frase	«Wildebeest»	«Ñu»
Página 21, Kinderman hablando con Atkins	«anachronism»	«antigualla»
Página 32, primer párrafo	«Foyer»	«Recibidor»

En estos ejemplos encontramos palabras que para mí eran desconocidas, como «Wildebeest» y «Foyer», en estos casos la solución que usé fue buscar sus significados en inglés y en caso de no saber la traducción de la palabra después de leer su definición, como fue el caso de «Wildebeest», la busqué en diccionarios bilingües.

Por otro lado, había palabras que conocía como es el caso de «anachronism», que primero traduje literalmente como «anacronismo», pero durante la revisión pensé que el lector podía no reconocer la palabra, por lo que opté por buscar sinónimos. Fue entonces que encontré «antigualla» y «reliquia». Terminé decidiendo usar la primera ya que me pareció la más similar en cuanto a significado.

- Problemas de esta novela (lo cual no significa que no pueda encontrarse a veces en otros textos):
 - Terminología específica: esta novela es de género policíaca, por lo que aparecen palabras con relación a la investigación, a la policía, a crímenes e incluso algunos químicos. En algunos casos esos términos tienen una traducción literal que tiene el mismo significado en ambos idiomas, pero hay casos, como en los rangos de la policía, que una traducción literal sería errónea y, por lo tanto, requieren cierta investigación.
 - Palabras hebreas: este tipo de problema es típico en este libro. El protagonista es un policía judío, y en sus pensamientos, o incluso sus conversaciones, usa palabras hebreas. En estos casos, el problema no es

tanto encontrar una traducción, ya que suele ser fácil buscando en internet, sino que decidir si dejar la palabra original y añadir una nota que explique qué significa o realmente traducir esta palabra.

- La razón por la que aparecen este tipo de palabras en esta obra es que el autor, William P. Blatty, tenía raíces judías, por lo que para él este tipo de vocabulario debía ser conocido.

CONTEXTO (TO)	TEXTO ORIGINAL	TRADUCCIÓN
Página 11, primer diálogo	«Lieutenant»	«Inspector»
Página 11, último párrafo	«Eyedropper»	«Cuentagotas»
Página 16, diálogo Kinderman	«Goniff»	«Oportunista»
Página 38, diálogo Kinderman	«Chazerei»	«Alguna basura»

En los dos primeros ejemplos encontramos terminología específica típica de las novelas policíacas. El problema con «Lieutenant» era que, a pesar de tener una traducción literal («teniente») el rango en la policía en España no coincidía. Por eso investigué sobre los rangos de la policía y el que más se adecuaba al protagonista de la novela, Kinderman, parecía ser «Inspector».

Otro tipo de terminología específica que aparece en la novela son los nombres de objetos que usa la policía científica cuando analiza la escena del crimen. En los ejemplos

encontramos «Eyedropper», pero en el texto había otros ejemplos, como «forceps» y «Formaldehyde». Para estos ejemplos tuve que buscar tanto sus definiciones como sus traducciones, ya que no recordaba el nombre específico de los objetos de los que se hablaba.

3.2.2. *Lenguaje no inclusivo y/o sexista*

En esta sección haremos referencia a todas aquellas frases del texto original donde encontramos lenguaje no inclusivo. Por lenguaje no inclusivo entendemos todo aquel lenguaje sexista y que excluye, normalmente, a la mujer. Hay ejemplos muy famosos, en inglés y también en español, de este tipo de lenguaje, como la frase tan famosa pronunciada cuando se llegó por primera vez a la luna: «That's one small step for man, but a giant leap for mankind».

Unos años atrás, seguramente poca gente se hubiese quejado por este tipo de lenguaje en un libro, pero gracias a los movimientos feministas se ha empezado a adoptar un lenguaje que no excluye a aquellos que no se identifican como hombre. En inglés suele ser más fácil usar lenguaje inclusivo ya que muchas de sus palabras no tienen género, pero en español suele ser más complicado, y en gran parte de los ejemplos hay que usar más palabras. Por ejemplo, en inglés podrían usar: «To all students», pero en castellano se debería usar algo parecido a: «Para todos los y todas las estudiantes».

La razón por la que en este libro aparece este tipo de lenguaje es porque es del año 1983. Hace 40 años los movimientos feministas no eran tan grandes como en la actualidad, por lo que el lenguaje inclusivo no se contemplaba. Aún y así, como la traducción ha de ser actual, es necesario cambiar este tipo de lenguaje. El significado de la frase no cambiará, y además aquellos que lean el libro no van a sentirse excluidos.

Como he comentado anteriormente, el problema de estos ejemplos no es tanto corregirlos si no encontrarlos todos, ya que a veces puede ser una sola palabra y, por lo tanto, pasar desapercibida durante el proceso de traducción.

A continuación, observaremos algunos ejemplos de este tipo de lenguaje y la traducción al castellano:

CONTEXTO (TO)	TEXTO ORIGINAL	TRADUCCIÓN
Página 11, primer párrafo	«Something had gone wrong between man and his creator»	«Algo había ido mal entre el ser humano y su creador»
Página 14	«The creator made man to know right from wrong»	«El creador se había asegurado de que el ser humano pudiese distinguir entre el bien y el mal»
Página 19, último párrafo	« [...] and soon they would be quipping and complaining of their wives »	« [...] y pronto estarían bromeando y quejándose de sus familias»
Página 41, segundo párrafo	« [...] into the world of men who die»	« [...] y se adentró al mundo donde la gente muere»
Página 42, primer párrafo	« [...] praying for mercy on all mankind »	« [...] y rezando para que Dios tuviera misericordia con todas las personas »

El problema del lenguaje no inclusivo, en algunos casos incluso sexista, es uno de los más recurrentes que encontré durante el proceso de traducción, y durante la revisión me fijé que algunos casos incluso me habían pasado por alto.

En muchos de los casos de lenguaje no inclusivo encontramos la palabra «man», como vemos en el primer y segundo ejemplo, a veces lo acompaña también un pronombre masculina, como es el caso del primer ejemplo donde aparece «his». En estos dos casos, y otros donde aparecía el mismo vocabulario, elegí usar «ser humano» para respetar el uso del singular además de usar lenguaje inclusivo.

Otros casos parecidos son el uso de «men» que aparece en el cuarto ejemplo o «mankind», como el quinto ejemplo. En el primer caso, ya que «men» hace referencia a un colectivo, y para no usar «seres humanos» para evitar demasiada repetición, y porque no sonaba natural, opté por usar «gente». En el segundo caso, para reflejar que el autor estaba hablando en general, decidí usar «todas las personas».

Con estos pequeños cambios que no alteran el significado del texto original, creamos una traducción inclusiva con la que las lectoras no se sentirán excluidas ni discriminadas, como podría pasar en caso de leer el texto original.

Por otro lado, encontramos también ejemplos de lenguaje sexista, como es el caso del tercer ejemplo. Con la frase « [...] and soon they would be quipping and complaining of their **wives**» el autor da a entender que los personajes que trabajan como policía son todos hombres y que además deben quejarse de sus parejas. A pesar de que esta frase podría pasar desapercibida a ojos de algún lector, es posible que pueda llegar a enfadar. Es por eso por lo que decidí cambiar un poco el texto para hacerlo más neutro, y terminé traduciéndolo como: « [...] y pronto estarían bromeando y quejándose de sus familias». Con estos pequeños cambios el texto deja de ser sexista, el género de los policías no es necesariamente masculino, y al usar «familias» puede hacer pensar que se quejan tanto de sus parejas como de sus hijos, padres o cualquier otro familiar. Gracias a este pequeño cambio, es posible evitar ofender algún lector.

3.2.3. *Localización*

En esta parte hablaremos de todos aquellos términos que, de ser leídos en el idioma original por lectores norteamericanos (como el autor) se entienden, pero que, de ser traducidos literalmente al castellano, los lectores españoles tendrían dificultades para entender o imaginar de qué se habla. Un ejemplo recurrente de este tema serían los grados: en Estados Unidos usan los grados Fahrenheit, pero en España se usan los grados Celsius, por lo que, a pesar de ser correcto dejarlo en Fahrenheit, para facilitar la comprensión del lector de la traducción es mejor pasarlo a Celsius. Un ejemplo parecido serían las millas y los metros.

En el caso de esta obra, más específicamente del fragmento traducido, no encontramos ni distancias ni grados, pero en cambio encontramos otros ejemplos:

nombres de sitios y nombres de marcas comerciales. En el caso de los sitios en el original salen con nombres usados en Estados Unidos, pero que no son el nombre real o completo de estos sitios. Por otro lado, en el caso de las marcas comerciales, a pesar de que algunas marcas (como podrían ser Apple o Nike) se pueden reconocer en ambos países. Aún y así, los ejemplos del fragmento son marcas típicas de Estados Unidos no conocidas en España.

Para cada tipo de caso encontré diferentes soluciones de traducción:

- En el caso de los nombres de sitios: busqué el nombre real del lugar y en caso de tener una traducción castellana, la usé. Aunque el lector español pueda desconocer la existencia de ese lugar, es más fácil que, en caso de buscarlo en internet, pueda encontrarlo fácilmente.
- En el caso de las marcas comerciales: primero pensé en buscar una marca comercial española que hiciera productos lo más parecidos posible a lo que se describía en el original, pero debido a que la historia sucede en Estados Unidos me parecía extraño que de repente apareciera una marca española. Así pues, deseché esa idea y opté por describir el producto del que se hablaba en la historia. Aunque esa opción ocupe más palabras que el original, fue la opción que me pareció mejor para que el lector español pueda imaginarse lo mismo que el lector estadounidense.

A continuación, veremos algunos ejemplos de localización:

CONTEXTO (TO)	TEXTO ORIGINAL	TRADUCCIÓN
Página 13, primeras palabras	«Key Bridge»	«Key Bridge»
Página 24, último párrafo	«C&O Canal»	«Canal Chesapeake-Ohio»

Página 30, cuarto párrafo	«Almond Roca»	«Turrón de almendra y chocolate»
Página 47, diálogo	«Twinkies»	«Pastelitos de crema»

Los dos primeros ejemplos son de sitios de Estados Unidos, pero cada uno tiene una solución de traducción diferente. En el primer caso tenemos el «Key Bridge». Durante la traducción pensé en traducirlo como «Puente Key», como aparecía en algunas páginas de internet. Aún y así, la mayoría de esas páginas parecían hechas por y para turistas, y no parecían fiables para usar la traducción. En cambio, «Key Bridge» aparecía también en páginas en otros idiomas, por lo que decidí dejarlo como en el original.

Por otro lado, tenemos el «C&O Canal». En este ejemplo nos encontramos con dos problemas, el primero es la abreviación «C&O», y el segundo la traducción. El primer paso para traducir este ejemplo fue buscar a qué hacía referencia «C&O», y encontré que hacía referencia a dos ciudades: Chesapeake y Ohio. Después de eso tenía dos posibles traducciones: «Canal C y O», para respetar la abreviación del texto original, o «Canal Chesapeake-Ohio», el nombre completo del canal. Después de pensarlo un poco me decidí por la segunda opción ya que, probablemente los locales son los únicos que usan la abreviación «C&O» y porque lo importante es que el lector del libro traducido pueda saber de qué sitio se le está hablando, por lo que la mejor opción era el nombre completo.

Los otros dos ejemplos son de marcas comerciales estadounidenses. En ambos casos opté por la misma solución: definir el objeto (en estos dos casos comida) para que el lector pueda hacerse una idea. Aún y así, antes de llegar a esta solución también pensé en dejar la marca original o buscar una marca española parecida, pero ambas eran problemáticas: con la primera el lector no entendería de qué hablaba el lector y con la segunda estaba introduciendo un elemento español en un contexto muy estadounidense, por lo que quedaba extraño. Finalmente, investigué qué era cada producto y opté por definir qué eran y eliminar las marcas.

3.2.4. Citas y títulos de libros y películas

Finalmente, en esta sección se tratará la traducción de citas y títulos de libros y/o películas.

Primero vamos a establecer una división entre títulos y citas:

- Títulos: estos suelen ser fáciles de identificar ya que siempre aparecen en cursiva y en buscarlo en internet aparece el libro y/o película correspondiente. A partir del título inglés, busqué la traducción aceptada de estos y la usé en mi traducción.
- Citas: hay veces en que es fácil identificarlas, pero hay otras veces en que las citas se llegan a confundir con el pensamiento del personaje. Además, a pesar de poder identificar una cita, a veces encontré cierta dificultad en encontrar la obra original y la traducción de esta. También encontré varias citas de la Biblia, y, aunque encontrar una traducción de la Biblia en general no sea difícil, muchas veces encuentras multitud de traducciones, por lo que se debe elegir cuál nos parece mejor.

A continuación, encontramos algunos ejemplos de esto:

CONTEXTO (TO)	TEXTO ORIGINAL	TRADUCCIÓN
Página 15, primer párrafo	«What immortal hand or eye?»	«¿Qué inmortal mano o qué ojo...?»
Página 41, primer párrafo (diálogo)	« [...] that something is rotten in the state of Denmark»	« [...] que algún grave mal se oculta en Dinamarca »
Página 33, final primer párrafo	« <i>Waiting for Godot</i> »	« <i>Esperando a Godot</i> »

Página 48, diálogo	« <i>It's a Wonderful Life</i> »	« <i>Qué bello es vivir</i> »
-----------------------	----------------------------------	-------------------------------

En el caso de la traducción de títulos de obras literarias o de películas, la traducción resultó fácil ya que con una rápida búsqueda en internet aparecían los títulos originales de estas. Por lo que «*Waiting for Godot*» quedó como «*Esperando a Godot*» y «*It's a Wonderful Life*» como «*Qué bello es vivir*».

Por otro lado, las citas resultaron algo más problemáticas. Aunque había algunas citas donde se explicitaba que era una cita, como por ejemplo muchas de las citas bíblicas que aparecían. Había otras citas que el personaje simplemente añadía en sus conversaciones, por lo que durante la primera traducción hubo muchas que no logré identificar, como por ejemplo la cita de Hamlet «[...] that something is rotten in the state of Denmark». Durante la revisión leí con más cuidado el texto y logré identificar unas cuantas citas más.

A pesar de haber identificado las citas, encontré problemas a la hora de encontrar la traducción original de algunas. Por ejemplo, como he comentado anteriormente, en el caso de las citas bíblicas había muchas traducciones, por lo que había que elegir cuál usar. También había otras citas con más de una traducción, así que investigué cuál era la original o la más usada para elegirla. Ese fue el caso de la cita de Blake: «What immortal hand or eye?». Por suerte, también hubo casos donde encontrar la traducción de una cita fue fácil, como es el caso de Hamlet, ya que la traducción estaba disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, por lo que era una página fiable.

4. CONCLUSIONES

Como expliqué en el principio, los objetivos de este trabajo eran hacer un presupuesto y una factura adecuada por el texto a traducir, traducir unas 10.000 palabras de la novela «Legión», y finalmente comentar el proceso y los problemas de la traducción y creo que se han cumplido satisfactoriamente.

Gracias a este trabajo pude poner en práctica muchos de los conocimientos ganados en el máster que quizás aún no tenía del todo claro. El juego de rol con el cliente ficticio me ha parecido una buena práctica de un ejemplo de interacción que podemos tener más adelante durante nuestra carrera como traductores. Creo que además nos ha servido para aprender que una vez seamos profesionales, no debemos tener miedo a establecer unos buenos precios para nuestro trabajo y pedir el material a traducir incluso antes de presupuestar y/o el trabajo, ya que un vistazo al texto nos puede dar muchas pistas de si tendremos problemas o qué tipo de problemas encontraremos, y también del tiempo que vamos a tener que invertir. Ya que antes de hacer el presupuesto había echado un vistazo al texto, después de reflexionar entre el precio de la factura y las horas invertidas para la traducción del texto, estoy satisfecha. Me parece un precio justo porque, a pesar de que algunos fragmentos fueran complicados, había otros que me resultaron más fáciles de traducir, compensando así el esfuerzo.

Al haber traducido manualmente, los problemas que me han surgido han sido mayoritariamente de léxico, aunque también tuve un par de problemas en estructurar alguna frase. Las asignaturas cursadas durante el máster me han permitido tener varias fuentes donde poder buscar soluciones para los problemas, y también saber identificarlos fácilmente. Creo que, en no haber utilizado traducción automática, me he fijado más en el texto original y he tratado de adaptarlo lo mejor posible para el lector de la traducción. Por ejemplo, en los ejemplos de localización reflexioné cuál era la mejor estrategia para que el lector de la traducción pueda entender lo mismo que el lector del texto original. De haber usado la traducción automática, puede que no me hubiese fijado tanto y quizás hubiera traducido «Key Bridge» por «Puente Key». Por otro lado, creo que hay problemas que igualmente hubiera encontrado, como el vocabulario no inclusivo y que también hubiese cambiado. También pienso que, de haber usado la traducción automática, los

problemas de léxico desconocido no hubieran ocurrido, ya que la máquina lo hubiera traducido sin problema.

Creo que el tipo de problema de traducción que más dificultad me ha presentado es la traducción de citas, más que nada porque primero había que localizarlas, y en algunos casos apenas se notaba que era una cita de otro libro. Además, como he expuesto en el apartado de traducción de citas, encontrar la traducción oficial en algunos casos no fue fácil.

En conclusión, este trabajo me ha ayudado a consolidar los conocimientos impartidos en varias asignaturas del máster y me ha permitido entender mejor qué significa trabajar como traductora. También me ha permitido hacer una primera traducción extensa de la que estoy bastante satisfecha, aunque es verdad que en cada relectura haría algún pequeño cambio. Este texto en concreto me ha hecho darme cuenta de que cuando traducimos hay que prestar mucha atención al texto original, ya que a veces puede haber citas escondidas o palabras/frases que nos puedan despistar. Finalmente, creo que después de haber traducido el texto de forma manual, estaría bien poder comparar cómo sería una traducción del mismo texto de haber usado traducción automática.

5. WEBGRAFÍA

Hamlet (William Shakespeare) en castellano. Recuperado de: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/hamlet-tragedia--1/html/ff18f76c-82b1-11df-acc7-002185ce6064_26.html#I_4. Consultado en marzo 2023.

La Biblia en castellano. Recuperado de: <https://www.conferenciaepiscopal.es/biblia/>. Consultado en febrero y marzo 2023.

Legión (libro). Recuperado de: [https://es.wikipedia.org/wiki/Legión_\(libro\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Legión_(libro)). Consultado en abril de 2023.

Los Hermanos Karamazov (Fiódor Dostoyevski) en castellano. Recuperado de: <https://biblioteca.org.ar/libros/133472.pdf>. Consultado en marzo 2023.

Julio César (William Shakespeare) en castellano. Recuperado de: <https://biblioteca.org.ar/libros/130807.pdf>. Consultado en marzo 2023.

William Blake. *Canciones de inocencia y de experiencia*, (traducción de José Luis Caramés y Santiago González Corugedo). Madrid: Cátedra, 1987 <http://elestablodepegaso.blogspot.com/2008/10/tyger-william-blake.html>. Consultado en marzo 2023.

William Peter Blatty. Recuperado de: https://en.wikipedia.org/wiki/William_Peter_Blatty. Consultado en de abril de 2023.

ANEXOS

Autoevaluación

Antes de la elección de temas para el TFM no tenía demasiado claro qué tipo de traducción quería elegir. Tanto la traducción literaria como la audiovisual me llamaban la atención, por lo que eran mis primeras opciones. En ver una oferta de traducción de una novela negra, me pareció que era un tema adecuado para mí, ya que es uno de mis géneros favoritos. Por eso, poder hacer esta traducción fue una gran motivación.

En empezar el trabajo, lo primero fue hacer un presupuesto. Para ello revisé algunos apuntes del máster para elegir una precio adecuado y hacer un presupuesto correcto, ya que recordaba que en la traducción literaria no se cobraba precio por palabra, sino que por página danesa. Además, seguí los consejos de varios profesores y antes de hacer el presupuesto leí partes del texto que debía traducir. Todo esto me ayudó a decidir una tarifa que, después de haber hecho la traducción, me pareció totalmente adecuada. De no haber hecho caso a los consejos que se nos habían dado durante el máster, tengo la sensación de que, muy probablemente hubiera puesto una tarifa más baja y que, comparado con el tiempo invertido en la traducción, me hubiera parecido insuficiente. Asimismo, esto me ha ayudado a comprobar que, en un futuro como traductora profesional, es importante pedir ver el documento que hay que traducir antes de establecer un precio o incluso de aceptar el trabajo. De otra manera, podría terminar aceptando un trabajo mal pagado o incluso traducir un texto que no comprenda totalmente.

En cuanto a la traducción, no tenía claro si usar o no traducción automática. En el máster se nos había mostrado cuanto ayudan en nuestro trabajo, pero también se nos había advertido de los peligros de usarla de no tener suficiente conocimiento. Después de sopesar los pros y contras, elegí traducir manualmente, y usar varias herramientas para resolver mis dudas. Como resultado, encontré problemas que, de haber traducido con traducción automática seguramente no habría encontrado, pero creo que esto también fue una forma de aprender. Vi en qué partes encontraba más dificultades a la hora de traducir y también aprendí a leer muy atentamente el texto para no perderse ningún detalle (como citas escondidas). Revisé varias veces el texto, y siempre pensaba que aún podía hacer algún cambio para mejorar el texto, tal como algunos profesores nos habían comentado durante las clases. Aún y así hace falta aprender a finalmente dejar el texto y entregarlo

o nunca terminaríamos ningún trabajo. Pero, en general, quedé contenta con mi traducción final y, a pesar de que probablemente haría algún nuevo cambio, para ser mi primera traducción larga estoy satisfecha.

Para la parte de reflexión de la traducción, usé los apuntes que había tomado durante mi primera lectura del texto, y también usé el documento que había creado cuando estaba traduciendo para dividir los tipos de problemas más importantes que había encontrado durante el proceso, y decidí hablar de ellos. El haber tomado notas y haber apuntado ejemplos me facilitó mucho la redacción del trabajo, y en retrospectiva, creo que lo que apunté podrían ser términos que perfectamente podría añadir a una memoria de traducción para usarlo en el futuro. Dividí de diferentes formas los tipos de problemas hasta finalmente encontrar una que me convenció.

Durante el proceso de traducir el texto y redactar el TFM había momentos en que me estresaba pensando que iba mal con el tiempo, pero el poder hablar con mis compañeros, cada uno de sus respectivos trabajos, fue una gran ayuda. El trabajo de traductor puede parecer solitario, pero en realidad aquellos con el mismo trabajo son nuestros compañeros y nos pueden ayudar cuando tenemos dudas o problemas, y creo que esto es algo muy importante que este máster nos ha enseñado a todos.

En resumen, creo que este trabajo me ha ayudado a poner en práctica e interiorizar muchas cosas que se nos dijeron y enseñaron durante el curso. Usé algunos recursos de los que se nos habló, investigué mucho como se nos dijo que era necesario para una buena traducción y pude usar los apuntes de clase para hacer tanto el presupuesto como la factura, entre otros. Además, también fue una buena práctica de cara al mundo laboral. El tener que tratar con un cliente, pedirle los datos, los documentos y el contrato o el ser capaz de poner un precio justo por tu trabajo son cosas de las que se nos habló en el máster, pero que hasta que no pones en prueba no sabes cómo funciona, por lo que el juego de rol del principio me resultó muy útil. Pienso que, en un futuro, es prácticamente seguro que nos encontraremos clientes que no nos facilitarán todo lo que pedimos, o que incluso negociarán un precio más bajo, pero recordar esta práctica nos ayudará a no echarnos atrás. Además, los consejos recibidos en clase nos ayudarán también a saber elegir clientes, quizás no durante los primeros años, pero sí cuando ya tengamos más práctica.

En conclusión, a pesar de que a muchos aún nos falte mucho recorrido como traductores, pienso que este máster y este trabajo han sido un buen primer paso para nuestro futuro.